

PALABRAS SOLIDARIAS

RECOPIACIÓN DE CUENTOS



Palabras Solidarias

*Liceo Comercial Temuco
Bicentenario de Excelencia*

Título: Palabras solidarias

1^{ra} edición, noviembre de 2022.
Impreso en Chile

Índice

Prólogo	07
Martina, la heroína	15
<i>Autora: Paula Alarcón Ñancupán. Ilustración: Natalia Salazar Espinoza</i>	
Ella, mi gato y yo.....	23
<i>Autora: Monserrat Molina Klenner. Ilustración: Eduardo Vásquez Pino</i>	
Corazón de luz	31
<i>Autora: Yasmin Carrasco González. Ilustración: Antonella Martínez Martínez</i>	
La sirena y la pandemia.....	41
<i>Autora: Rayen Sanhueza Añihual. Ilustración: Jetzabeth Sandoval Matamala</i>	
Dante y Frida.....	51
<i>Autora: Belén Villagrán Antipi. Ilustración: Jetzabeth Sandoval Matamala</i>	
Chile solidario y unido.....	63
<i>Autora: Amsi Pranao Guzman. Ilustración: Pia Quiñelaf Canío</i>	
Mejores amigas por siempre.....	69
<i>Autora: Florencia Huinca Leal. Ilustración: Catalina Escalona Bastías</i>	
El viaje de Halia.....	75
<i>Autora: Martin González González. Ilustración: Pedro Pinto Segura</i>	
Amigos para siempre.....	83
<i>Autor: Pablo Cárdenas Díaz. Ilustración: Rosemarie Muñoz Cayuleo</i>	

¿Existen las buenas personas?	93
<i>Autora: Antonella Muñoz Mora. Ilustración: Yasmin Carrasco González</i>	
Thomas, el solidario.....	103
<i>Autor: Benjamín Saldaña Tapia. Ilustración: Leandro Huenchuleo Chichahual</i>	
Jack y la sombra.....	113
<i>Autora: Eduardo Alvarado Bernal. Ilustración: Eunice Madero Lagos</i>	
La alegría de ayudar.....	123
<i>Autora: Isca Miranda Caniumil. Ilustración: Carlos Hormazabal Astorga</i>	
La lección.....	131
<i>Autora: Jhimmy Carrasco Mella. Ilustración: Benjamin Torrealba Ramos</i>	
El gran apoyo.....	139
<i>Autora: Joaquín Paine Quemener. Ilustración: Estefany Siloa Nahuelan</i>	
Cinco niños y una historia.....	147
<i>Autora: Krishna Alvarez Díaz. Ilustración: Stephanie Gonzalez Huenchuman</i>	
Herba. Mensaje para la tierra.....	159
<i>Autora: Yanira Matus Lobos. Ilustración: Claudia Reyes Quiroz</i>	
La ayuda está a través de la puerta.....	171
<i>Autora: Mayhe Villalobos Medel. Ilustración: Priscila Matus Hernández</i>	

Prólogo

Los procesos de lectura y escritura son relevantes, tanto para su discusión teórica como para su profundización en el contexto de entender la dinámica educativa de un país. Entender su importancia nos permite acceder al más amplio espectro de conocimiento sobre su problemática actual y su impacto en nuestra realidad social. Ya se ha explorado la lectoescritura desde diferentes ópticas, para intentar entender las aristas implicadas en su desarrollo y la mejor forma de enseñarla en los diferentes niveles educativos. Investigaciones como la realizada por Cassany y Morales (2008) establecen la importancia de ayudar a los/as estudiantes en el proceso que les permita desarrollar habilidades de lectura y escritura, ya sea para producir textos de diversa índole como para que sean capaces de comprender contenidos técnicos en los niveles educativos superiores.

Lo innegable es que la lectura y la escritura es una práctica indispensable para el crecimiento y desarrollo, tanto intelectual como personal de todos los alumnos. Ambos procesos no solo aportan incontables ventajas de cara al futuro ya que independiente del estilo de lectura o escritura que se escoja, los hábitos de base incrementan la capacidad de análisis y de generar opiniones respecto

a temas específicos, lo que entrega como resultado la capacidad de entregar opiniones mejores argumentadas, un aumento en el dominio del lenguaje con la consiguiente mejor oratoria y mayor confianza al momento de expresarse.

Pero habiendo establecido que la redacción y la comprensión de textos es un aprendizaje clave para el desarrollo personal y el éxito académico, la verdad es que tanto las evaluaciones nacionales como internacionales nos indican que un alto porcentaje de los estudiantes chilenos enfrentan dificultades serias en estas áreas. Si bien Chile es el país latinoamericano con mejores resultados en lectura, la verdad es que el promedio obtenido en las evaluaciones internacionales es menor al de la OCDE (Agencia de Calidad de la Educación, 2019). Por esto podemos concluir que la comprensión lectora, y por extensión la producción de textos, son barreras importantes para el aprendizaje de los estudiantes en los diferentes niveles educativos.

Es innegable que los seres humanos nos formamos y nos presentamos como tales en el lenguaje; no es sino a través de él que nos situamos frente a otros, construyendo una representación del mundo que nos representa y que define nuestra visión del mundo y el alcance que tenemos sobre él.

El lenguaje que hablamos y escribimos entrega luces sobre quienes somos, de nuestra formación y del interés por el otro ya que una comunicación deficiente obstaculiza la relación con el otro.

La importancia y relevancia del lenguaje en su más amplio espectro ya fue definida por Maturana (1995), al definirlo como el mecanismo fundamental de interacción social. Por lo tanto, podemos entenderlo como la conducta primaria de las personas en las sociedades: “Nuestra individualidad como seres humanos es social y al ser humanamente social es lingüísticamente lingüística, es decir, está inmersa en nuestro ser, en el lenguaje” (Maturana 1995a, 78).

Es fácil establecer la importancia del lenguaje pues a través de él nos definimos como seres humanos, de la misma forma es sencillo entender la relevancia de los procesos que nos permiten expresar nuestras ideas y también comprender las que los demás intentan entregar. El punto altamente complejo es tomar el camino correcto para acompañar a los/as estudiantes para que desarrollen de la mejor forma estas habilidades. Y es aquí donde las comunidades escolares tendrán un alto o bajo impacto, dependiendo de las acciones que decidan ejecutar.

Ezra Pound, poeta, ensayista, músico y crítico estadounidense, defendía que los buenos escritores

deben ser capaces de conservar la eficiencia del lenguaje al tiempo que construyen un discurso no solo preciso, sino también claro y legible. Pero la verdad es que esto no solo se aplica a la producción de textos narrativos sino también a aquellos con características académicas, pedagógicas, periodísticas, jurídicas o administrativas, ya que en cualquier ámbito relacionado con la comunicación humana es necesario contar con claridad y precisión.

Pero la realidad es que los problemas de redacción aparecen en diferentes niveles y asociados a temas normativos y gramaticales, ya sea relacionados con la organización y cohesión del texto o solo vinculados a la pertinencia del género discursivo en el que se incluye el texto; y esto es evidente a través de los diversos escalones de la vida educativa de nuestros alumnos.

Podemos consensuar que el problema está radicado en un sistema educativo que privilegia el desarrollo de habilidades menos importantes o que sobredimensiona el verdadero valor de la calificación, también podemos coincidir en que es evidente la necesidad de una reforma educativa que incorpore a todos los estamentos relacionados pero en última instancia, y mientras aparecen y se aprueban soluciones estructurales no podemos quedarnos de brazos cruzados, es

responsabilidad de los establecimientos educativos explorar, con una visión amplia y creativa, las mejores opciones para ofrecer a nuestros estudiantes la oportunidad de mejorar sus habilidades en la producción de textos y la comprensión de los mismos.

El Liceo Comercial Temuco Bicentenario de Excelencia no es la excepción, y como una comunidad educativa preocupada y ocupada de potenciar cada aspecto de la vida académica de todos sus estudiantes, no descansa en la búsqueda de instancias que permitan poner en valor sus habilidades y visualizar la importancia de cultivarlas. El libro que se encuentra en sus manos es el fruto de una iniciativa impulsada por el Centro de Recursos para el Aprendizaje (CRA) en el marco de la celebración del cuarenta aniversario de nuestro establecimiento. La actividad denominada concurso de Creación de Cuentos “Palabras solidarias” se llevó a cabo con estudiantes de primero a cuarto año medio y dio como resultado la selección de relatos que componen este libro, todos bajo la premisa de poner sobre la mesa las dificultades que vino de la mano con los tiempos de pandemia, por supuesto bajo la pluma creativa de los autores: nuestros/as estudiantes.

Cada una de las historias que componen esta obra representa las inquietudes, los miedos y las esperanzas

de un grupo de alumnos que tuvieron la posibilidad de explorar y explotar sus habilidades de redacción y producción de textos, y, por otra parte, son el testimonio vivo de los esfuerzos de un establecimiento que ubica a sus estudiantes en el foco de su accionar.

Elisa Belmar Concha
Profesora Coordinadora CRA

Martina la heroína

Autora: Paula Alarcón Ñancupán



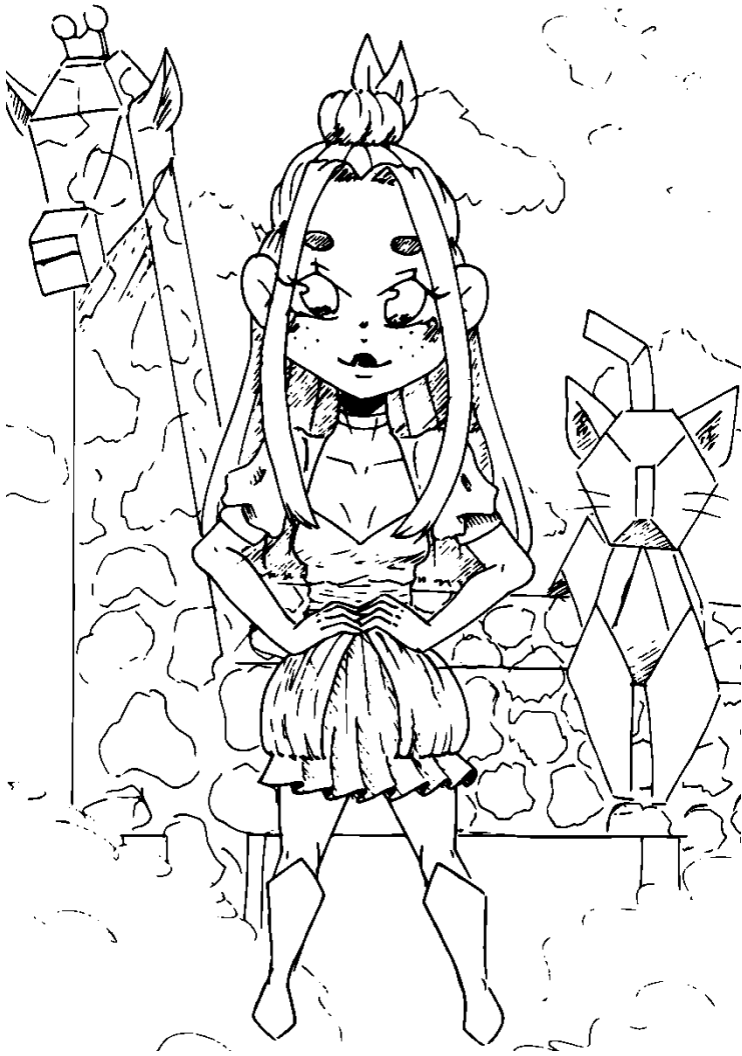


Ilustración: Natalia Salazar Espinoza



*

Martina contaba con un superpoder, ¿sabes cuál es? Tenía muchos lápices, de tantos colores que no puedes imaginar, además de un gran cuaderno con todos los matices del arcoíris. Ella dibujaba animales, flores, árboles y todo tipo de nubes de colores.

Martina se encontraba muy triste, porque no podía salir, ¿sabes por qué? Porque existía un malvado enemigo que no quería a las personas y las atormentaba llevándolas muy lejos de su hogar. Su nombre era C-19 y era tan, pero tan pequeñito, que nadie lo podía ver, por esa razón todos en el mundo, incluso los superhéroes más valientes, le tenían muchísimo miedo.

Martina se aburría mucho en su casa, ya que no podía jugar con sus amigos del colegio. Pero un día, su mamá

le compró unos lentes muy bonitos por internet. Eran de color azul, rosado y amarillo, con muchas perlititas muy brillantes. El día que los lentes llegaron Martina se puso muy feliz. Cuando los utilizó se dio cuenta que le otorgaban otro superpoder, uno incluso más genial que dibujar y pintar. Los coloridos lentes le ayudaban a encontrar a aquellas personas que necesitaban de su ayuda.

**

Martina se ponía sus lentes y miraba a través de la ventana, en busca de niños y abuelitos que estuvieran tristes y necesitando un dibujo colorido. Ella regalaba sus dibujos y figuras de papel para que todos fueran felices, por eso dibujaba y pintaba, pero también creaba todo tipo de animales de papel y cocinaba ricas galletas para regalar.

Una noche, su cuaderno arcoíris comenzó a cantar y a bailar, junto a todos los animales de papel. Martina, al verlos, se levantó muy feliz y cuando llegó a su escritorio todos los amigos que había dibujado salieron a bailar junto a ella. Esa noche sus amigos de papel le contaron un secreto tan secreto que ni sus padres podían saber, ¿te imaginas cuál era?

Los amigos de papel le contaron a Martina que el villano C-19 temía mucho a las personas que utilizaban mascarilla, les tenía tanto miedo que si veía a alguien utilizándola salía corriendo y se escondía para que nadie lo pudiera encontrar. También le contaron que cuando alguien se lavaba muy bien las manos él villano se enfermaba mucho y por lo tanto se debía quedar en casa por algunos días, solo para sentirse mejor.

Al escucharlo, a Martina se le ocurrió una gran idea, ella quería usar sus superpoderes para que el villano C-19 dejara a las personas tranquilas y así poder volver a jugar con sus amigos.

Al día siguiente Martina dibujó muchas mascarillas, y cuando las pintaba de colores se volvían reales y escapaban del cuaderno. Martina dibujó tantas, pero tantas mascarillas, que su habitación se inundó de ellas. Martina pidió ayuda, pero nadie la escuchó, luego de un tiempo no sabía si era de día o noche, ni tampoco cuanto tiempo había transcurrido.

De pronto, mientras permanecía entre el mar de mascarillas, escuchó un maullido. Era uno de sus amigos de papel, don Gastón Gatuso, un gato pequeño de todos

los colores, con largos bigotes de oro y patitas de cristal. Sus orejas eran tan pequeñas y brillantes que parecían perlas. También llegó su amiga la jirafa, Dominica Nica, ella tenía un largo cuello de papel, su cuerpo era de arcoíris y olía a frambuesas con frutillas. Dominica Nica, gracias a su largo cuello, pudo ver la puerta de salida y Gastón Gatuso, gracias a sus grandes ojos pudo guiarla a través de la oscuridad.

A Martina se le ocurrió crear cajas de papel para guardar las mascarillas y así poder hacer un camino que llegara a la puerta de su habitación. Poco a poquito se fue acercando a la puerta, cuando de pronto se escuchó una malévola risa; era C—19 que buscaba llevarla lejos de su casa para que no pudiera destruirlo. Martina se colocó una de las mascarillas de colores y de pronto no escuchó más al malvado enemigo, porque al verla él salió corriendo despavorido.

Finalmente, Martina logró salir de su habitación, con la ayuda de sus amigos de papel. Entonces buscó a sus padres para contarles que, si ocupaban mascarillas y se lavaban bien las manos, con agua y jabón, el malvado villano se iría muy lejos y nunca volvería. Junto a sus

padres, corrieron la voz entre todos sus vecinos. Martina regalaba cajas de mascarillas a cada persona que veía y sus padres enseñaban a lavarse muy bien las manos. Tuvo que dibujar por varios días muchas mascarillas con animales y flores, también con estrellas y corazones, todo tipo de dibujos para que las mascarillas se encargasen de alegrar a sus vecinos. Pero era muy difícil dibujar tantas, por eso pidió ayuda a todos sus amigos de papel, y junto a ellos, pudo crear todas las mascarillas que necesitaban. Viajó por todo el mundo regalando mascarillas y enseñando a lavarse muy bien las manos. Conoció China, Japón, Corea, Estados Unidos, incluso conoció la torre Eiffel en París, donde se tomó muchas fotos. Conoció muchísimos amigos nuevos, y todos eran diferentes a ella, algunos más altos o pequeños, con otros colores de piel, diferentes idiomas y algunos hasta ocupaban ropa muy diferente. Aprendió muchas palabras en inglés, japones, ruso, e incluso, en chino mandarín.

Gracias a Martina, todo el mundo aprendió a cuidarse y a luchar contra C-19. Por eso, dentro de poco tiempo, ella pudo reunir a su familia y volver a salir, ya que el

malvado villano C-19 escapó muy lejos para nunca volver.

Sus vecinos fueron los más alegres, porque con su ayuda, junto a sus amigos de papel y sus padres, pudieron vencer al malvado villano.

Martina volvió a jugar con sus amigos del colegio y también a caminar por el parque, pero cada tarde, al volver de la escuela, se ponía sus lentes coloridos y buscaba a las personas que la necesitaran, para convertirse en la heroína de todo el mundo.

Su mamá y su papá estaban muy felices, porque Martina logró ayudar a muchísimas personas. Por eso le regalaron una gran caja, con dulces de los sabores más ricos del mundo.

Gracias a Martina, la heroína, muchas personas se salvaron y fueron muy felices.

Y ahora cuéntame, ¿cuál es tu superpoder?

Ella, mi gato y yo

Autora: Monserrat Molina Klenner



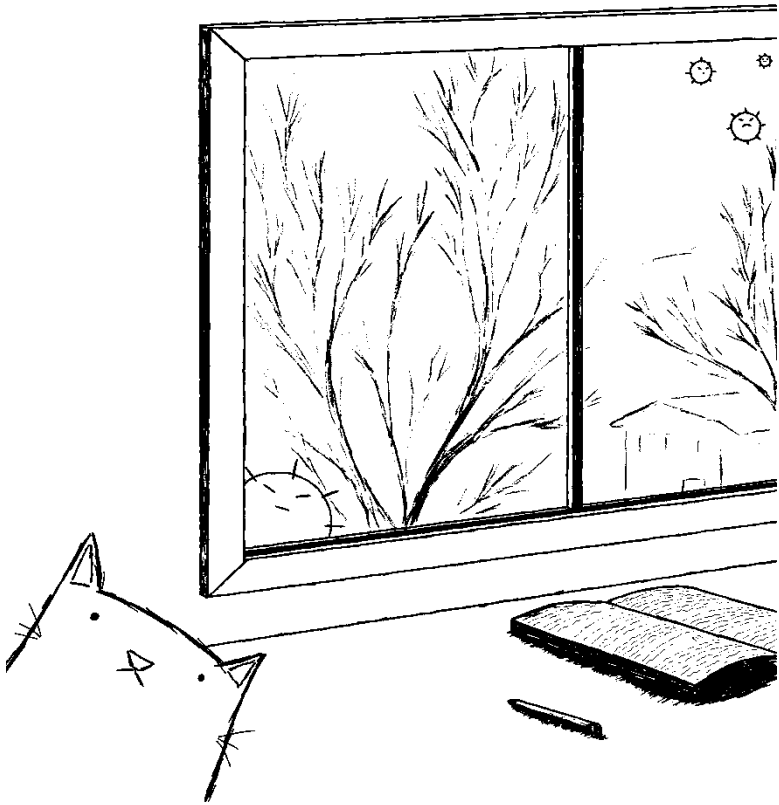


Ilustración: Eduardo Vásquez Pino



*

Hey, ¿cómo estás?

Veo que hallaste mi diario. No creo que se le pueda llamar así, ya que sólo son algunas páginas. Antes de que continúes tengo una pregunta para ti, ¿aún están en pandemia o es solo un recuerdo del pasado? Es una pregunta que escribo por si las moscas, pero basta de rodeos, sé que te preguntas por qué escribí este diario, aunque puedes llamarlo cómo quieras pues yo no pude encontrar un nombre adecuado.

Hablando de nombres, me llamo Betliz. Es un nombre raro, lo sé, pero que se le puede hacer, más que aceptar lo que ahora nos identifica. Mi padre dice que es una combinación de los nombres de mis abuelos.

Bueno, me estoy desviando.

Tengo 16 años, vivo en Temuco, Chile; estamos en plena pandemia Covid—19, si no sabes de lo que te hablo pregúntale a tus papás o a tus abuelos, ellos te lo dirán. Puede que exageren un poco, pero debes perdonarlos pues así es cuando se vive en carne propia. En fin. Soy una chica normal, pero con una historia que contar, no creerás que me cansaría la mano por nada.

**

Hace un tiempo, cuando todo comenzó, yo tenía una vida de clase media alta, por así decirlo, estudiaba en un buen colegio y tenía todo lo que deseaba, una vida envidiable se podría decir. Pero un día empezaron a escucharse noticias preocupantes de un virus, el COVID 19. En primera instancia todos pensamos que no era para tanto, que sólo se trataba de una de tantas noticias que la televisión exageraba, pero la verdad es que todos nos equivocamos y en menos de un mes el mundo estaba paralizado. Supermercados, cines, malls, hasta el trabajo de mi padre se terminó, ¿por qué?, porque no era esencial. Lo importante es que poco a poco todo se fue yendo a pique, por supuesto junto con mi vida de película.

Ah, se me olvidaba, tengo un gatito llamado Gringo, es muy bonito.

Volvamos a cómo mi vida se fue a pique. Perdí todos mis lujos, mis padres ya no me daban lo que yo pedía, perdí mi gran casa porque nos mudamos a una que mis papás pudieran pagar y también perdí a mis amigas, o por lo menos a quienes consideraba de esa forma.

Si, me dejaron absolutamente sola. Porque ya no encajaba en “su nivel”, y además me molestaban. Ahora sé lo que sentía Pía.

Seguro te preguntas ¿quién es Pía? Pía es una niña becada en mi antigua escuela. Sí, ella era pobre, bueno, no pobre, sino de una clase social baja. Tenía lo justo para vivir. Y ahora que la recuerdo me siento mal porque yo era quien la molestaba.

Volvamos a mi historia. Ahora para mí todo era nuevo, mi casa, mis cosas, el barrio, pero no estaba completamente sola pues tenía a Gringo como única compañía, ya que mis padres estaban haciendo lo necesario para mantenernos a flote, trabajando largas

jornadas en labores que no eran de su agrado y ganando muchísimo menos. Mi gatito era el único con quien podía hablar, bueno, más bien monologar, ya que nunca me contesta, pero es bueno escuchando, así que era mi mejor compañía. Éramos él y yo contra el mundo.

Un día que estaba sola, pues mis padres no habían llegado a la hora esperada y no podía comer, ya que nunca aprendí a cocinar y hablaba con Gringo sobre lo difícil que era mi vida, escuché que tocaron a la puerta.

¿Quién será? Me pregunté.

Abrí, y para mi sorpresa, era Pía, que vivía frente a mi nueva casa. Me saludó y dijo:

– Vi que tus papás no llegaron y te traje esto, lo hizo mi mamá.

Entonces me percaté de que traía un plato en sus manos.

– Perdona mis modales, ¿quieres pasar? – le respondí un tanto avergonzada.

Ella entró y fuimos a la cocina, me entregó el plato, lo abrí y vi lo que ella llamó sopaipillas pasadas. En ese momento me di cuenta que el tan popular dicho es cierto, *las apariencias engañan*, noté que, aunque la había molestado mucho, a diferencia de mis antiguas *amigas*, en verdad se interesó por ayudarme. Preguntó si mis padres salían mucho y si quería quedarme en su casa cuando eso sucediera.

No tenía nada que perder, así que acepté.

Me impresionó ver lo divertida que era ella y su familia, nunca me había dado la oportunidad de conocerla, pero desde ese momento me arrepentí de no haberlo hecho antes.

Con el tiempo empezamos a volvernos más cercanas y después pasamos a ser mejores amigas. Se la presenté a mis papas y les agradó mucho, además se alegraron de que ya no estuviera sola.

Un día, cuando la pandemia ya estaba terminando, mi padre nuevamente comenzó a ganar bastante dinero, y como era de esperarse, volvimos a nuestra antigua casa, con los antiguos lujos ¿Y a que no adivinas quienes volvieron a escribirme y a querer hablarme? Nada más y nada menos que mis antiguas *amigas*, pero, si algo me había enseñado esta experiencia es que las apariencias engañan. Les dije que no seguiría siendo su amiga ya que, si alguna vez volvía a tener otro problema, seguro no podría contar con ellas, pues me habían dejado sola cuando más las necesitaba. En cambio, la ayuda llegó de quien menos lo esperaba.

Pía me ayudó tanto emocional como económicamente. ¿Por qué lo digo? Porque me entregó apoyo, amistad, me escuchó y por sobre todo estuvo conmigo, hasta que mi familia pudo salir adelante. Además, tanto ella como su familia estuvieron dispuestos a compartir su comida y el calor de un hogar mientras mis padres trabajaban.

Así que, a ti, lector de estas páginas, te quiero mencionar tres cosas. La primera es que las apariencias engañan por lo tanto intenta conocer bien a las personas y no las juzgues por lo que los demás dicen de ellas. Lo segundo es que tus amistades no deben ser por interés, debes aceptarlas tal como son ya que, si están unidas por cosas materiales, cuando eso desaparezca se irá con la amistad, porque nada estable los une, en cambio, si lo que los une son cualidades, esa amistad en vez de ir apagándose, crecerá cada día. Y por último, ayuda, no debes ser extremadamente rico para ayudar a los demás, solo debes querer hacerlo. Pía quiso ayudarme cuando yo estaba sola, ella logró que mi miseria se volviera una aventura. Así que solo ayuda, ya que por mínimo que sea lo que hagas, esa persona te lo agradecerá.

Te preguntarás que pasó con Gringo. Él esta súper, conoció a Pía y se llevaron super bien.

Ahora somos los tres contra el mundo.

Ella, mi gato y yo.

Corazón de luz

Autora: Yasmín Carrasco González





Ilustración: Antonella Martínez Martínez



*

Cierto día, Sonita, de 8 años, estaba en casa escuchando su música favorita. En las calles no se sentía más que soledad.

Las noticias hablaban de la pandemia existente, el Covid–19. ¿Qué es eso, a qué se refiere? Sonita se cuestionaba ¿qué significa? ¿será algo muy malo?

– Mamá, ¿el Covid–19 es malo?

– Si, lamentablemente es un virus que está en todos los países, por eso debemos cuidarnos –contestó su mamá.

Sonita, muy triste, pensó en sus amiguitos y en que no podría asistir al colegio. Llamó a su mejor amiga, Alicia, y le preguntó si sabía algo sobre un virus llamado Covid–19. Alicia respondió que su mamá le había hablado de ese bicho malo. Las dos pequeñas se

descubrieron tristes porque no se podrían ver en el colegio ni tampoco se podrían visitar.

Luego de hablar por un largo tiempo, decidieron llamarse todos los días para saber cómo estaban.

La mamá de Sonita la llamó para tomar once y le comentó que era muy importante lavarse bien las manitos y utilizar alcohol gel, y que cuando deban salir sería necesario utilizar mascarillas.

– ¿Mascarilla? Mamá, que divertido, usaremos mascarilla – dijo Sonita asombrada mientras saltó de alegría.

Ya sentados en la mesa la mamá y el papá de Sonita hablaron de cómo estaba la situación mundial, de que esto era tan lejano en sus vidas y ahora estaba muy presente, sus miradas eran bajas y desanimadas. El silencio en el cuarto demostraba la incertidumbre de lo que podría pasar.

**

Sonita, luego de tomar once pidió permiso para retirarse de la mesa y caminó hasta su habitación, miró por la ventana y sintió un deseo muy grande de salir a jugar, pero sabía que no podía hacerlo.

Ese día estaba por terminar, al caer la noche ella durmió, y en sus sueños solo se reflejaba felicidad y alegría.

Al día siguiente, su mamá le comentó que, aunque no iría de manera presencial a sus clases, debía estudiar de manera online. Se trató de una nueva experiencia para la pequeña Sonita pues veía a sus amiguitos y compañeritos a través del computador, y su querida profesora se encontraba en el centro de la pantalla.

Fue una mañana bastante entretenida, a Sonita le gustó la forma en que se realizaban sus clases, aunque fuera por una pantalla, podía ver a sus amiguitos.

Pasaron un par de días desde que comenzó a asistir a sus clases online y su mamá necesitaba hacer las compras. Decidió que debería ir al supermercado más cercano al hogar, pero debían hacerlo muy protegidas, con sus mascarillas bien puestas y alcohol gel en el bolsillo para desinfectar las manitos.

Sonita, con mucha curiosidad, le preguntó a su mamá por qué no podían entrar al supermercado, como lo hacían antes, y debían esperar en una larga fila. Mamá le explicó que era fundamental utilizar la mascarilla y que ya habían hablado de eso en casa.

Cuando ya había transcurrido aproximadamente media hora y estaban a punto de ingresar, el guardia les tomó la

temperatura, Sonita abrió sus hermosos y grandes ojos negros para preguntarle al señor guardia por qué lo hacía.

El guardia, de manera muy amable, le explicó que era para saber si estaba con fiebre.

– ¿Y yo tengo fiebre? – preguntó Sonita.

– No, así que puedes pasar al supermercado – le respondió el guardia.

Mamá le explicó a Sonita que si una persona tuviera más de 37 grados significa que tiene fiebre, por lo tanto, no podría entrar a ningún lugar, porque ese es uno de los síntomas del Covid–19.

Las palabras de su mamá estremecieron a Sonita, pues pensó que si ella o sus amigos tuvieran fiebre no podrían salir a jugar porque estarían contagiados con Covid–19.

Una vez que realizaron las compras y volvieron a casa, lo primero que hicieron fue limpiarse los pies y desinfectar sus zapatos, también botaron las mascarillas usadas, y por último, se lavaron muy bien las manitos.

Sonita corrió a su habitación y llamó a su amiga Alicia para contarle que vivió en el viaje al supermercado.

Alicia se sorprendió y también quiso ir de compras. Le pidió a su mamá que la lleve al supermercado para que le tomen la temperatura.

La mamá de Alicia le explicó que solo si es necesario saldrán ambas de la casa porque es muy peligro exponerse de esa manera. Alicia se sintió un poco triste por no poder salir, pero también entendió que el virus era muy malo.

Sonita le mencionó a su amiga que no tenía por qué preocuparse o sentirse mal ya que no fue tan divertido y la verdad es que no se perdía de mucho.

Luego de terminar de hablar por teléfono con Alicia, Sonita escuchó a su mamá hablar con una de sus amigas del trabajo. En la conversación se notaba tristeza y al terminar de hablar, la mamá de Sonita se sentó en el silló de la sala y comenzó a sollozar. Las lágrimas caían por su rostro y Sonita se preocupó por ver así a su mamá, por lo que le preguntó que le pasaba. Su mamá le contó que la hija de su amiga estaba contagiada de Covid—19 y se encontraba muy delicada. Mientras comentaba esto, su mamá la abrazó muy fuerte mientras le decía cuanto la amaba.

Cuando llegó a casa el papá, se reunieron para tomar once. Mientras comían la mamá le comentó a su esposo que la hija de su amiga se había contagiado y que debido

a esto estaba organizando una campaña para reunir mercadería y dinero con el fin de ayudar a su amiga, ya que su familia estaba en aislamiento por lo que no podrían salir a comprar la mercadería.

El papá de Sonita dijo que era necesario tener fe en que la pequeña mejoraría. Sonita, bastante preocupada por esta noticia, también quiso ayudar y se le ocurrió una idea muy bonita e inocente, dibujar un corazón, pero no cualquier corazón, este sería el más bonito y colorido, sería un “corazón de luz”.

Buscó los colores más bonitos y comenzó a pintarlo, con cada trazo de color entregaba el amor y la luz que ella tenía, con sus lindos pensamientos todo se plasmó en su dibujo, en su “corazón de luz”.

Al terminar, lo entregó a su mamá y le pidió que lo llevara. La mamá, conmovida por el hermoso gesto, le dijo que lo haría. Pero eso no fue todo, pues a Sonita se le ocurrió llamar a su amiga Alicia y pedirle que también le hiciera un dibujo de luz a la niña enferma. Alicia le dijo que encantada lo haría, pero Sonita aún no estaba conforme así que cuando ingresó a sus clases online le contó a su profesora sobre la niña que tenía Covid—19 y le preguntó si podía pedirles a sus amiguitos y compañeritos que crearan para la niña un dibujo que tuviera corazones.

Su profesora, también conmovida por el gesto de Sonita, pidió a todos sus alumnos que hicieran dibujos con corazones para la niña, los niños dijeron que lo harían con mucho amor para que se recuperara pronto.

Los dibujos fueron enviados de forma online y la profesora los reunió para Sonita. Ella, muy feliz, pidió a su mamá que entregara los “corazones de luz” a la niña. La mamá de Sonita, llena de emoción por el gesto tan hermoso de su hija, la abrazó y mirándola a sus hermosos ojos, le dijo:

– Lo que has hecho hoy me llena de orgullo, alegría y amor, ese dibujo eres tú, porque tú eres ese “corazón de luz”.

La sirena y la pandemia

Autora: Rayén Sanhueza Añihual

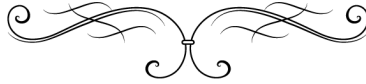




Ilustración: Jetzabeth Sandoval Matamala



*

Había una vez una pequeña sirena que todas las mañanas se sentaba a orillas del mar, sobre una roca, para cantar con su dulce voz a los turistas de la ciudad.

La sirena vivía junto a su familia en el fondo del mar, en el Reino Marino. Por su canto recibía de parte de los turistas, objetos que para ella eran muy valiosos, ya que donde vivía se podían intercambiar por alimentos.

Cada tarde nadaba con su gigantesca cola azul llena de brillos, y su largo cabello dorado para intercambiar los objetos y así llevar comida a su hogar.

Un día, luego de despertar y nadar hasta la roca donde cantaba, notó algo extraño, algo que cambiaría su vida y la de su familia.

¡No había ningún turista para escucharla cantar!

Al principio pensó que era porque ya no les gustaba su canto, pero tiempo después descubrió que ese no era el verdadero problema, sino que había aparecido un peligroso virus, que además era muy contagioso, razón por la cual los turistas ya no podían salir a las calles como antes y menos aún ir para oírla cantar.

Lo terrible era que esto significaba que ella y su familia no tendrían como conseguir comida, o al menos, eso fue lo que pasó después de un tiempo, cuando al avanzar los días ya no les quedaba ni un solo rastro de alimento.

La sirena, desesperada por la situación, pensaba de qué forma podría ayudar a su familia, cuando de pronto, recordó, que al nacer, a las sirenas se les entrega un amuleto que les permite convertirse en humanos, pero que podía ser utilizado solo una vez. Como ya no le quedaba otra opción más que utilizar ese amuleto, reunió parte de sus cosas y le comentó a su familia lo que haría.

– Madre, estaré de regreso mañana por la tarde, lo prometo – dijo acariciando su melena.

– S...solo ...cuídate hija... te amo – respondió su madre entre sollozos.

A medida que se acercaba a la superficie, la sirena se sentía nerviosa, aunque en el fondo de su corazón sabía que estaría bien, o al menos eso creía, ya que, a pesar de conocer a los humanos, sería una experiencia muy

diferente el recorrer su mundo. Cuando por fin llegó a la orilla, tocó su collar amuleto pensando en su familia, y la envolvió una luz multicolor. Mágicamente su cola se fue desvaneciendo y a medida que eso sucedía se comenzaron a ver sus piernas.

**

Cuando el proceso de transformación terminó y se acostumbró a las nuevas extremidades, comenzó a caminar, con un vestido de flores azules que llevaba consigo y una mascarilla, ya que se dio cuenta que solo de esa forma los humanos sobrellevaban la pandemia y hacían frente a los contagios. Aunque al principio le resultó difícil caminar y además respirar con la mascarilla, se sentía tranquila, pues todo lo hacía por su familia.

Mientras seguía caminando se acercaba cada vez más al centro de la ciudad. Pudo ver el Palacio Real y un sinnúmero de vendedores, además de muchas personas que llevaban sus compras caminando rápidamente sin tocarse entre ellos. Al llegar al centro de la ciudad lo primero que hizo fue averiguar dónde conseguir verduras y frutas, pues eran las cosas que comían en su

reino, y a pesar de que no tenía mucho dinero compró lo que estaba a su alcance.

Cuando llegó la noche, se dirigió al palacio para hablar con la reina. Ella la recibió con un gran vestido de color rojo y su cabello recogido, escuchó atentamente la historia que la sirenita le contó y sintió una profunda tristeza pues sabía el sacrificio que significaba para una sirena estar fuera de su hogar. Luego de darle la bienvenida le indicó que podía quedarse los días que quisiera.

Cuando llegó la hora de dormir los sirvientes de la reina la guiaron hasta la habitación de huéspedes, se recostó en la cama y se puso a pensar en lo que haría luego de que la comida que llevara a su casa se acabara. Entonces decidió crear un plan.

Al despertar, a la mañana siguiente, encontró la ropa que dejó la reina en el closet de su habitación. Era un hermoso y elegante abrigo café, con unos pantalones con diseño de

cuadros y una blusa blanca. Luego de ducharse y ponerse la ropa fue al lugar donde desayunaría junto a la reina.

– Buenos días su majestad, muchas gracias por la ropa, se lo agradezco mucho.

– No te preocupes dulce jovencita.

– Sin ánimo de molestar, quiero contarle lo que estuve planeando durante la noche.

– Por supuesto que no me molesta, soy toda oídos – dijo la reina, mientras la miraba con atención.

La sirenita le comentó que la comida que llevaba para su familia no duraría por siempre, por lo que estaba pensando en trabajar junto a los humanos y así poder comprar alimentos mientras duraba la pandemia. El problema era que solo podía convertirse en humana una vez en la vida y solo la reina humana o el rey marino podían ayudarla a convertirse en humana el tiempo necesario.

– Mmm, ya veo... yo te ayudaré, pero quiero saber una cosa, ¿eso es lo que tu anhelas?

– La verdad no... mi vida está en el mar, no con los humanos. Pero lo debo hacer por mi familia pues por la pandemia no hay turistas y mi familia necesita comer.

– Tienes razón, la pandemia fue un cambio muy abrupto, tanto que algunos humanos están en tu misma situación. Muchos no tienen que comer ni tienen dinero pues son

despedidos de sus trabajos y otros no poseen un lugar donde vivir pues no pueden pagar sus casas. La vida es muy difícil en estos momentos... pero en fin ¿cuándo volverás al mar?

– Pienso volver esta tarde.

– Comprendo, entonces ven a mi oficina en 20 minutos – dijo la reina mientras se retiraba de la mesa y emprendía camino hacia su oficina.

Luego de que la sirena terminó su desayuno caminó hacia la oficina de la reina para iniciar el hechizo de conversión de forma indefinida. Cuando terminaron, la sirenita se dio cuenta que ya era hora de volver a casa para ir a dejar la comida y claro, contarle a su madre la decisión tomada. Se despidió de la reina con una reverencia y una vez más le agradeció por la ayuda brindada.

Cuando llegó al mar comenzó a convertirse en sirena. Al meterse al agua sintió un gran alivio ya que ese era su hogar, el lugar que amaba desde pequeña.

Nadó, nadó y nadó hasta que llegó junto a su familia. Al llegar vio a su madre emocionada, a sus hermanos y a su abuela. Les contó toda su travesía, hasta que llegó el momento de mencionarles su plan.

- Madre, tenemos que hablar.
- Si claro, ¿qué ocurre?
- Trabajaré con los humanos.
- P... p... pero ¿por qué? ¿cuándo? ¿cómo?
- Le pedí a la reina ayuda para convertirme en humana cuando sea necesario. Sabes que la comida que pude reunir no durará para siempre y no sabemos cuándo terminará esta pandemia.
- Hija, no sabes lo mucho que te adoro... gracias por hacer esto por nosotros.
- No te preocupes madre.

La sirena comenzó a trabajar con los humanos ya que pudo conseguir un empleo como mesera en un restaurante cerca de la playa y así poder disfrutar estando cerca de su hogar.

A pesar de que no le gustaba demasiado tuvo que quedarse porque no había otros lugares de trabajo y le costó bastante encontrar el que tenía. El virus no disminuía así que todos los días se levantaba con el mejor de los ánimos para trabajar, porque sabía que su familia dependía de ello. Pero lo mejor de todo era que, gracias a

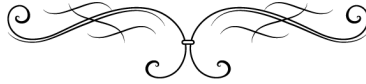
la ayuda de la reina, cada tarde podía volver al mar, donde su madre la esperaba con la cena.

Finalmente, la sirenita logró acostumbrarse a convivir con los humanos y también a la forma en que se cuidaban para hacer frente al virus que los acechaba, aunque bajo el mar esas medidas no eran necesarias.

Por supuesto siguió luchando por su familia, y logró salir adelante a pesar de los obstáculos que la vida le había puesto, tanto a ella como al resto de los seres que habitan el planeta.

Dante y Frida

Autora: Belén Villagrán Antipi



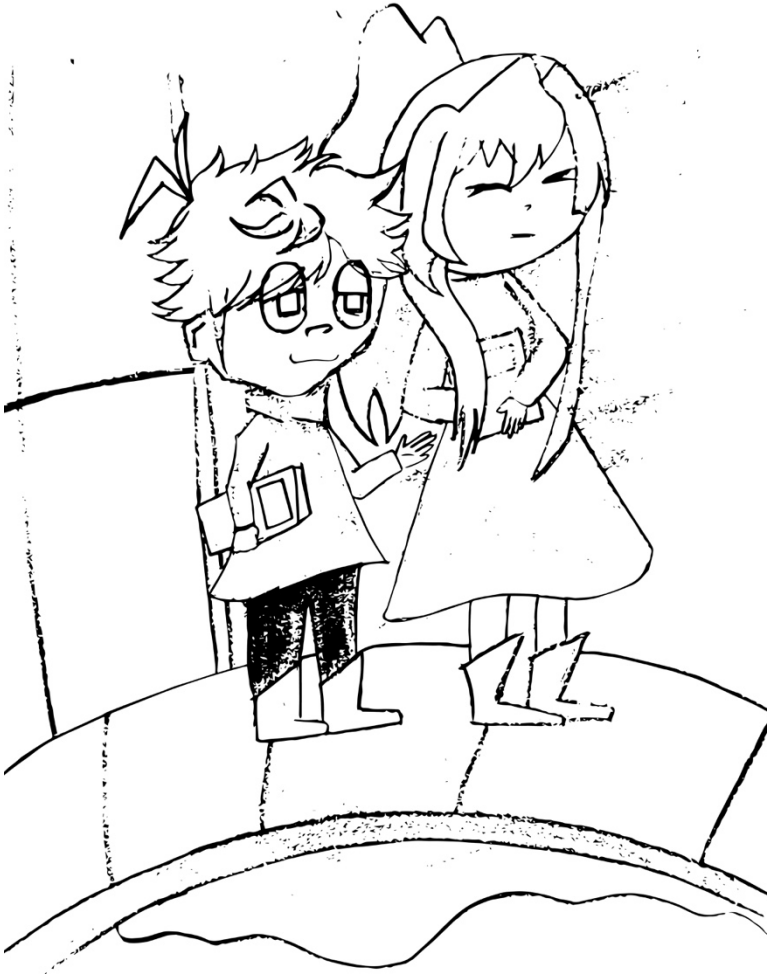


Ilustración: Jetzabeth Sandoval Matamala



*

Esa mañana desperté muy emocionado por mi primer día de clases en cuarto básico, y también por reencontrarme con mi amiga.

Frida y yo nos conocimos en el jardín infantil, y desde ahí no nos hemos separado; pero la verdad es que durante este verano no me he comunicado con ella pues ha estado distante por una pérdida reciente en su familia.

—Dante, cariño ¿has hablado con Frida? — dijo mi madre.

Yo me quedé observándola por unos segundos para buscar una respuesta adecuada. Dudo en decirle a mi madre que hace semanas escribí emails e intenté llamarla, pero aún no tuve respuestas, ni siquiera una señal de vida, pero solo le contesté con un desinteresado “no”. Después de unos minutos, ya preparado para ir a la

escuela, subí al auto de mi madre. Al llegar me despedí de ella con un beso en la mejilla. A veces me avergüenzo de ese acto, pero mi madre no se marcha hasta que obtiene su beso de despedida junto a un largo abrazo.

Caminé a la sala de clases, me acomodé en mi pupitre y alcé la mirada en busca de Frida. Al no encontrarla en el lugar acostumbrado me rendí. Mientras la profesora de lenguaje ingresaba a la sala, una voz familiar interrumpió mis pensamientos.

—Disculpe por el retraso, profesora, ¿puedo pasar?

De inmediato me giré y por una fracción de segundo nuestros ojos se cruzaron.

—Buenos días Frida, adelante— contestó la profesora con un tono cariñoso.

**

Durante toda la clase Frida estuvo en silencio y con la mirada perdida, podía sentir su lejanía pues pensé que mi mejor amiga me saludaría alegremente, como lo hacía todos los primeros días de escuela, con el típico "*Hola, Picasso*", pues ella me llamaba de esa forma.

Luego de pensarlo mucho me convencí que quizás estaba algo cansada o simplemente se le olvidó. Al salir a recreo me armé de valor y me dispuse a saludar a Frida. Esa fue

la primera vez que me sentí nervioso, mis manos sudaban y mi estómago dolía. Me ubiqué en una banca para comer mi colación, pero sin perder de vista a mi amiga, que estaba a unos metros. Luego de pensarlo mucho para encontrar una excusa creíble para hablarle, me dirigí hacia ella. Al principio caminé lento, pero ya no podía más con la ansiedad. Abrí y cerré la boca varias veces, y entonces decidí lanzar lo primero que pensé.

—Hola, Frida...— dije algo nervioso, ella no realizó ningún ademán

—Te extrañé este verano...— Esta vez lo dije con una voz más baja. Ella observó el suelo por unos segundos y luego volvió a mirarme.

—Yo también te extrañe...—dijo sonriendo.

Luego de terminar el horario escolar y mientras estábamos camino a nuestras casas ella iba un metro más adelante, aunque ya había pasado frente a mi casa necesitaba ver con mis propios ojos que llegara a la suya. En un momento mi amiga se detuvo en seco y se volteó para despedirse con la mano, yo también levanté la mano para contestar.

Al pasar los días se presentó una enfermedad, un virus llamado coronavirus, lo mencionó mi madre y además estaba en todas las noticias. Lo busqué en Google, leí que provenía de China y que este brote de coronavirus estaba siendo ampliamente reportado en los noticieros de todo el mundo. Todas las clases fueron suspendidas, yo estaba feliz ya que tendría algunas semanas como mini vacaciones. Le escribí un mensaje a Frida.

— ...viste las noticias, tendremos vacaciones...

Me di cuenta de que no se había conectado en dos días. Se lo comenté a mi madre y ella solo respondió con un *“Es entendible cariño, todos necesitamos nuestro espacio”*, a lo que agregó un abrazo y la mención a que era maduro para mi edad.

Una mañana mi madre no fue a trabajar.

—Dante, mañana tu tía Emma estará aquí, le pedí que te viniera a cuidar ya que ahora estarás en casa— me dijo mientras desayunábamos.

Yo estaba feliz ya que mi tía Emma era muy simpática y divertida, cuando nos visitaba siempre traía regalos y

salíamos a la playa cercana, a veces nos acompañaba Frida. Por la noche ya ansiaba la llegada del día siguiente. Por la mañana, muy temprano, me desperté sobresaltado ya que al frente mío se presentó alguien con una máscara de halloween, pero luego comencé a reír cuando me di cuenta de quien se trataba. Me abalancé a abrazarla.

—Mira lo que te traje— dijo la tía Emma, mostrándome un paquete en envuelto, me lo entregó y con toda la rapidez del mundo lo abrí, solo eran libros.

No me gustaba los libros y nunca me atreví a leer uno, mi tía lo intuía pues comenzó a reír. Me comentó que amaba esos libros y me advirtió que no me arrepentiría de leerlos. Yo le aseguré que los leería.

Los libros se encontraban en buenas condiciones y con frases escritas en algunas de sus hojas.

Al pasar los días, semanas y meses, el Coronavirus fue empeorando. Las cosas eran diferentes y más estresantes. Ahora las clases eran online y las mascarillas, que eran totalmente molestas, obligatorias.

Yo anhelaba que las minis vacaciones se acabaran y poder saber de Frida.

No salía a ningún lado. Eso me molestaba ya que no tenía a nadie con quien jugar, y lo único cercano era mi tía Emma. A veces le pedía que me contara sobre los viajes que había realizado, ella disfrutaba contando sus historias y la forma en que le encantaba viajar. A veces creo que mi tía viajó tanto que ya necesitaba descansar o solo volver a casa pues mencionaba que mi madre y yo éramos las personas que más extrañaba.

Semanas después mi madre fue despedida de su trabajo, pero no fue ella quien me lo dijo, solo lo escuché cuando una noche mi madre se lo contó a mi tía. Ellas pensaron que yo dormía. Luego de escucharlas se lo quise contar a Frida, la llamé, pero no contestó, luego lo intenté otra vez, pero no tuve resultados. La odiaba y la quería al mismo tiempo. Pensé que si no me contestaba ni me escribía tendría que ir hasta su casa.

Por la tarde, ya cumplidos todos mis deberes y tareas fui donde se encontraba mi tía y le pedí llevarme a casa de Frida. Ella encarnó una ceja y se me queda viendo.

—Sabes que en estas condiciones no puedes salir ¿cierto? Además, tu madre me mataría si te acompaño a la calle.

Volví a insistir hasta que ella cedió. Subí hasta mi habitación para buscar uno de los libros que mi tía me había regalado.

En el camino mi tía lanzó varias preguntas “*¿todavía son amigos?*”, “*¿te gusta Frida sobrinito?*”, esta última la acompañó con su cara de pícara diciéndome que era muy pequeño para eso.

Me puse como un tomate y le contesté que solo estaba preocupado por mi amiga. Cuando llegamos a la casa de Frida su padre nos atendió, noté que tenía un aspecto diferente. Ahora se mostraba menos hablador y tenía barba. Le comenté el motivo de mi visita y le pregunté si Frida se encontraba. Él contestó que estaba en su habitación.

Mientras mi tía y el padre de Frida conversaban subí las escaleras. Cuando estaba a punto de tocar la puerta Frida apareció. Nos quedamos mirando, ella era más alta por algunos centímetros, me invitó a entrar a su habitación, cuando nos sentamos sobre su cama ella preguntó sobre el libro que sostenía en las manos.

—Lo traje para ti— dije entregárselo.

Ella lo dejó sobre la mesita de noche y preguntó cuál era el motivo de la visita.

Yo comenté que simplemente venía a entregar el libro y a preguntar por qué no contestaba las llamadas. Ella

respondió que había cambiado su número y por eso estaba desaparecida, yo reí. Nos pasamos horas hablando de cualquier cosa, sin sentido.

Mi tía nos interrumpió ya que era hora de irnos. Mi tía y Frida conversaron hasta la puerta de entrada y luego todos nos despedimos con un abrazo, Frida me entregó un papel con su número nuevo y me dijo que la llamara.

A la mañana siguiente, cuando terminé mis clases, le marqué a Frida, tardó un poco, pero finalmente contestó. —¿Te puedo leer un poco?— pregunté.

Ella respondió con un “*por favor*” por lo que leí unas hojas del libro “Las amapolas”.

Luego de algunos días eso de leerle a través de llamadas se hizo habitual, y me gustaba porque Frida me hablaba más. Las cosas eran más alegres y lo único que esperaba cuando terminara mis clases, era llamar a Frida y continuar con la lectura. Cuando ya estábamos por terminar el primer libro que habíamos comenzado hacía algunas semanas, nos prometimos que el final lo leeríamos individualmente para tener nuestras propias conclusiones.

Un día domingo Frida llamó, yo conteste rápidamente para comentar mi perspectiva de la historia. Pero antes de poder hablarle ella dijo que estaba fuera de mi casa. Me acerqué a la ventana y ahí estaba, esperándome. Bajé por la escalera de caracol a toda prisa, al llegar hasta el jardín delantero, Frida se bajó de su bicicleta y nos acomodamos sobre el césped que parecía muy verde y bonito.

— ¿Te gusto el final? Porque yo lo odie— me dijo, para después reír.

Yo le contesté que esta vez estaba de acuerdo con ella. Después de armar muchas especulaciones y de reír como unos locos sobre el libro, un silencio nos invadió.

—¿Sabes Dante?, ojalá que nuestra amistad dure para siempre...—dijo Frida, mirándome — Sabes que yo te quiero y te doy las gracias por estas últimas semanas, me haces sentir mejor...

Yo no sabía que decir.

—Solo promete que cuando te sientas mal, cuando quieras contarme lo más absurdo o lo más vergonzoso, contarás conmigo. Soy tu amigo...— dije tomándole la mano.

Chile solidario y unido

Autora: Amsi Pranao Guzman





Ilustración: Pia Quiñelaf Canío



*

Había una vez un país apático e individualista. A las persons que vivían en él no les importaba lo que sucedía a su alrededor. Pero todo cambió el 3 de marzo de 2020, cuando llegó el primer caso de Covid—19 a Chile, se trataba de una persona de 33 años de edad. El país entró en cuarentena, se cerraron los colegios y liceos, los restaurantes dejaron de atender al público, los hospitales colapsaron y numerosos casos de contagiados se presentaron cada día.

Hubo un tiempo en que los chilenos estaban espantados con esta nueva enfermedad, por lo que realizaron compras excesivas de insumos básicos. Por otra parte, el rendimiento académico bajó pues no todos los estudiantes tenían acceso a internet para sus clases online.

Cada día los contagios aumentaban junto con la cantidad de muertos. Con el paso de los meses el trabajo se hizo escaso por lo que miles quedaron cesantes, lo que resultó en familias con muchas deudas e incluso algunas siendo obligadas a vivir en la calle o en campamentos.

Al ver la forma en que sus habitantes perdían sus trabajos, este país puso en marcha el bono *IFE*. Casi 80 mil hogares comenzaron a recibir, ese 20 de julio del 2020, el pago del beneficio, pero sólo para aquellos que realizaron la postulación y contaban con su registro social de hogares. Este bono ayudó a muchos ciudadanos a salir de sus deudas.

Por suerte poco a poco el trabajo fue mejorando, pero esto no quiere decir que toda la población contaba con empleo.

Con el tiempo la gente se volvió más solidaria y se pusieron en marcha distintos proyectos para ayudar a quien lo necesitaba. Por ejemplo, la famosa olla común, las canastas solidarias, las rifas y las donaciones.

El distanciamiento social afectó por el hecho de que no se podían realizar visitas a familiares ni celebrar fechas importantes en familia. Muchos debieron optar por las videollamadas para ver a sus seres queridos.

Chile solidario fue una de las tantas salvaciones para los chilenos en estado de extrema pobreza. Una de sus

principales funciones y objetivos fue promover la incorporación de familias y personas en situación de pobreza a las redes sociales, así como su acceso a mejores condiciones de vida para que superaran la indigencia.

Cuando pasaron los días, semanas y meses, poco a poco los chilenos se fueron volviendo más conscientes y solidarios, acostumbrándose al nuevo modo de vida, usaban mascarillas, siempre llevaban una de repuesto, se aplicaban alcohol gel en todo momento y se ayudaban mutuamente.

Con la llegada de la vacuna fueron disminuyendo los casos, por lo que se pudo brindar un poco de movilidad en las diversas ciudades.

Con el Covid—19 a mucha gente se le ablandó el corazón y se hicieron un poco más solidarios. Con el fin de ayudar a los demás comenzaron a donar ropa, alimentos, sábanas y juguetes para los pequeños. También se formaron colectas y donaciones para niños con cáncer, ya sea de dinero, tapas de botella, pelo para pelucas, ropa o juguetes.

Pero la solidaridad no fue lo unico que este país aprendió. Por ejemplo, cada vez se cuida más la naturaleza gracias a diversas actividades de reciclaje o a grupos de personas que van a recoger basura a diversos lugares o utilizan los

objetos de desecho para crear cosas tan diversas como maceteros, muebles o ladrillos.

Gracias a la pandemia este país pudo percatarse de que siempre había sido solidario, solo necesitaba un remezón.

Mejores amigas por siempre

Autora: Florencia Huinca Leal



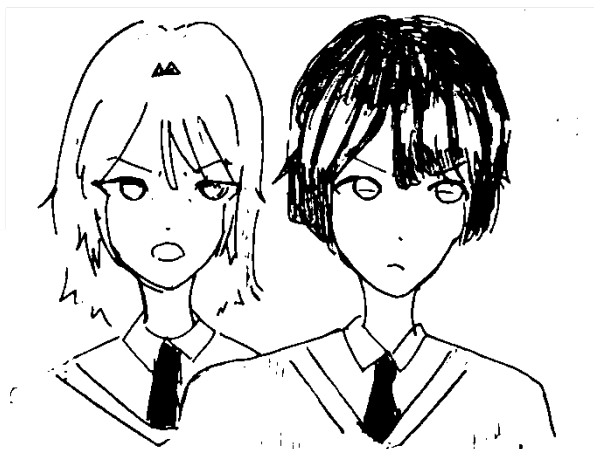


Ilustración: Catalina Escalona Bastías



*

Esta es la historia de dos mejores amigas, Florencia y Moira, quienes tuvieron muchos problemas en el camino de su amistad.

Hace dos años Florencia y Moira eran muy unidas, hacían todo juntas, pues se conocían desde prekínder, donde comenzaron a ser amigas. Todo iba bien, pero un día de escuela que parecía normal, se anunció la llegada de una alumna nueva, Antonia.

Antonia era muy linda y bastante simpática; Florencia fue la primera en decirle que se sentara junto a ellas para que se adaptara de mejor manera y no se sintiera sola. Unos minutos después sonó la campana para salir a recreo. Florencia, Antonia y Moira salieron juntas, y, aprovechando el recreo, le dieron un tour por la escuela a su nueva amiga.

En ese momento Moira ya sentía un poco de celos ya que Florencia era muy amigable y amable con Antonia, pero no dijo nada para no arruinar su amistad.

**

Cada vez Florencia y Antonia se volvían más cercanas, dejando a Moira de lado, por lo que dejó de juntarse con ellas y se fue con otro grupo para ver si lograba integrarse. Con el paso de los días Florencia y Antonia comenzaron a pelear muy seguido, por cosas muy tontas, haciéndose daño mutuamente.

Luego de unas semanas la amistad de Antonia y Florencia terminó por arruinarse por completo. Ya no se hablaban ni se miraban. Decidieron tomar diferentes rumbos; Antonia dio malos pasos y empezó a salir a fiestas muy seguido, tomaba demasiado alcohol y fumaba con sus nuevas amigas, las cuales, según Florencia y Moira, eran malas influencias. Por otro lado, Florencia trató de superarse a si misma y arreglar las cosas con Moira, pues sabía que cometió un error al dejarla de lado.

Después de un tiempo, volvieron a ser las mejores amigas e hicieron como si no hubiera pasado nada. Siguieron sus vidas normales hasta que el 22 de diciembre de 2019

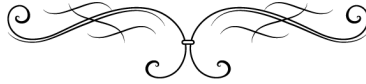
Moira cambió por completo, era más fría y su familia la regañaba por todo. Florencia se sentía muy mal por su amiga pues sabía que para Moira era muy duro estar en su casa y ser criticada constantemente.

Moira empezó a hacerse daño a sí misma, cortándose brazos y piernas, mientras Florencia trataba de prestarle la mayor atención posible y mantenerla distraída para que ni siquiera pensara en sus problemas. Pero Florencia tuvo una gran idea, que Moira fuera al psicólogo ya que sabía perfectamente que le haría muy bien. Moira compartió la idea con su madre quien se negó al principio, pero después cedió ante la insistencia de su hija.

Actualmente Moira va al psicólogo y sigue siendo la mejor amiga de Florencia. Se ve que se encuentra mucho mejor y que, gracias a la ayuda y el apoyo de su mejor amiga, por fin podrá vivir su vida feliz como antes.

El viaje de Halia

Autor: Martín González González



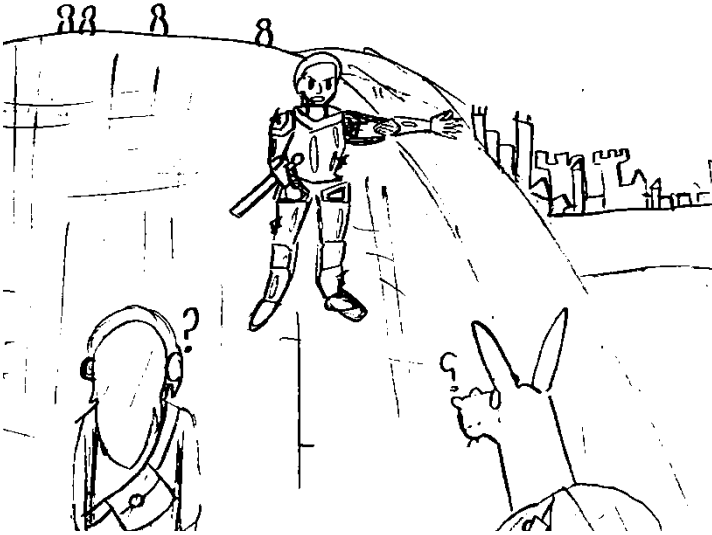


Ilustración: Pedro Pinto Segura



*

Esta es la historia de Halia, una aventurera que viaja por el mundo buscando algo, algo que le falta, pero que no sabe exactamente qué es.

Lanor era una tierra llena de tristeza, los campos marchitos, la gente amargada y el cielo siempre nublado. Se contaba a los niños historias de cómo la diosa del sol, Sunna, al ver como los humanos trataban a la tierra, decidió irse junto con la luz y el calor del astro rey.

Halia no estaba al tanto de esto, así que no tenía idea de lo que encontraría al adentrarse en las sombrías tierras de lo que alguna vez fue conocido como el reino del sol. Armada sólo con la mochila que le dio su madre para el viaje, su fiel corcel, un burro ya cansado de seguir a la pequeña en sus ocurrencias y una bolsa de cachivaches que le encantaba llevar a todas partes, emprendió su

viaje, quizá con demasiado optimismo, a pesar de las circunstancias.

**

Al llegar al puente que llevaba a Lanor, un puente de proporciones titánicas y cubierto por la niebla, se encontró con el primer problema, un caballero de brillante armadura parado frente al puente y haciendo cosas no muy nobles, como maldecir todo lo que tenía en frente. Halia tenía una imagen muy distinta de los caballeros, así que a pesar de lo desgano del burro decidió acercarse al hombre.

– Disculpe caballero, ¿qué le pasa? ¿y por qué asume que el puente tiene madre a la que insultar?

El caballero, a pesar de su enojo, decidió que insultar a una niña no entraría bien en su currículum de caballero salva doncellas, por lo tanto, contestó de manera cordial.

– Llevo días aquí, acampando, tratando de entrar a estas tierras, pero mi travesía se vio interrumpida por una horrible bestia que vive bajo del puente. Me atacó sin motivo e impide que yo, el valiente caballero Vicent Van Vivanc... – dijo mientras se presentaron brillos y cánticos angelicales.

Halia tenía reparos en cuanto a esto ya que el señor Vivanc parecía claramente la clase de persona que su madre echaría a patadas de cualquier parte en cuanto lo viera, pero le daría el beneficio de la duda.

– Quiero ver al monstruo.

– Perdona ¿qué?

Antes de que el caballero y el burro pudieran detenerla, Halia se deslizo cuesta abajo. Al llegar al final tropezó y fue a caer de cara contra las piedras, pero una mano gigantesca la agarró. Una criatura enorme la había salvado.

– ¡Es la bestia! – gritó el caballero.

– ¡Es el idiota! – grito la bestia al idiota.

Después de un breve intercambio de palabras el gigante la dejó en el puente donde se reencontró con el burro que a esas alturas parecía tener un ataque cardíaco.

– Pequeña, debes tener más cuidado, ¿por qué te acercaste tanto a la orilla?

– Para verlo a usted señor gigante.

– ¿A mí? Pero si nadie quiere verme. Fui sacado de mi hogar cuando era muy joven, sólo por culpa de mi gran tamaño. Todos huían de mí así que decidí hacer un

puede para ayudar a la gente a cruzar el río, pero las personas *me juzgan sin siquiera conocerme* y me llaman monstruo, así que decidí esconderme bajo el puente para que la gente ya no me persiga. Y aún así el imprudente de ahí viene a mi hogar diciendo que derrotará a la sucia bestia que habita en el puente.

El burro discretamente le dio una patada a Vivanc, quien se veía modestamente avergonzado.

– Pero señor gigante, gracias a usted muchas familias pueden llegar a la ciudad a salvo. No debería importarle lo que la gente dice, es una buena persona que hizo una buena acción y es todo lo que importa – dijo Halia sonriente.

El caballero, que estaba tratando de salir de ahí sin que se dieran cuenta, fue agarrado súbitamente de la oreja por Halia, lo que casi lo bota pues la niña con suerte le llegaba al torso.

– Pídele perdón.

El caballero estuvo a punto de protestar, pero se dio cuenta de que, entre la niña, el burro y el gigante, quizás estaba un poco en desventaja.

– Ajem, mil disculpas mi... gigantesco amigo.

– Con sentimiento – indicó Halia.

– No vas a obtener nada más que eso.

– Nyegh – relinchó el burro.

– ¡Esta, bien! Señor gigante.

– Raime – corrigió el gigante.

– Raime, me disculpo por mi comportamiento, lo juzgué mal y lo que hice no estuvo correcto ¿Puede usted encontrar en su corazón la voluntad de perdonarme?

El gigante titubeo un momento, pero gracias a la presión ejercida por la niña sonriente y el burro cansado, encontró en su corazón un espacio para la misericordia.

– Está bien, estás perdonado, pero no vuelvas a juzgar a la gente por cómo se ve – dijo el gigante.

Y en cuanto a usted jovencita, es la primera que me habla en años, ¿le parece que en lugar de ir a la ciudad caminando decide ir conmigo?, puede montar mi sombrero.

– ¿Puedo llevar al caballero?

– Si se cae no lo recogeré.

– Es un trato – dijo Halia, sonriendo.

Y así concluye este fragmento del viaje de Halia. Pero tranquilo, porque su travesía está lejos de terminar pues la aventura continuará.

Amigos para siempre

Autor: Pablo Cárdenas Díaz





Ilustración: Rosemarie Muñoz Cayuleo



*

En una ocasión un gato vagaba por las calles, sin rumbo. Era de noche y estaba lloviendo, sentía hambre y mucho frío. Caminó y caminó, hasta que se derrumbó.

A la mañana siguiente sintió un calor agradable. El suelo estaba blando como si estuviera acostado en las nubes. Al abrir los ojos vio una gran chimenea y se levantó asustado.

– ¿Qué es esto? ¿dónde estoy? – maulló.

De pronto escuchó una puerta abrirse. Oyó unos pasos acercándose y cerró los ojos, asustado, pero una dulce voz se escuchó en la sala

– ¡Oh, gatito, estás despierto!

Al abrir los ojos vio a una bellísima humana de unos 19 años.

– ¿Quién eres tú humana? – maulló.

La humana no sabía por qué el gato estaba maullando pues no le entendía, así que se acercó poco a poco.

– Oh, lindo gatito, debes estar asustado y confundido.

La humana lo tomó en sus brazos mientras el gato se movía.

– Suéltame humana, esto es abuso gatuno – maulló.

– Tranquilo, no te haré daño, desde hoy esta será tu nueva casa – dijo acariciándolo.

Las manos suaves de la humana lograron que el gato se calmara pues disfrutaba las caricias en la espalda. Luego de unos segundos la humana soltó al gato y se dirigió a la cocina.

– Muy bien gato, es hora de tu comida.

Cuando se acercó al mesón sacó de una bolsa una lata de Quiscat.

– Que dices ¿te gusta esto? – preguntó.

– No, no aceptare eso, no caeré en tu trampa – maulló.

La humana abrió un poco la lata mientras un aroma fresco y delicioso llegó a la pequeña nariz del gato y no pudo resistirse. La humana dejó la comida en un plato y se giró para botar la lata, pero cuando volvió la mirada la comida ya había desaparecido.

– Vaya gato tu sí que sabes comer, te daré más enseguida.

**

Luego de varias latas de Quiscat el gato quedó satisfecho y se echó en el suelo, cansado, pero escuchó la voz de la humana.

– Muy bien gatito, es hora de darte un baño.

Al escuchar estas palabras sus ojos se abrieron, miró hacia atrás y vio como la humana venía por él.

– No, humana loca, no te me acerques – maulló.

Intentó huir, pero ya no tenía fuerzas, ante sus ojos parecía estar viviendo una película de terror, la humana llegó a él, pero mantuvo sus garras clavadas en el suelo por lo que no se movió.

– Vamos gato, no pongas resistencia, te bañarás.

– No me rendiré jamás, nunca me bañarás – maulló a gritos.

Después de unos minutos de incesante pelea la humana ganó y llevó al gato al baño.

– Vaya gatito, sí que eres un dramático. Desde hoy te llamare Señor Gato – dijo mientras le colocaba champú.

El gato estaba obviamente molesto y solo la ignoraba.

– Oye no me mires así, lo hago por tu bien, necesitabas mucho un baño.

Al terminar, el gato caminó por la casa mientras pensaba.

– Esta ahora es mi casa y ella es mi humana.

Cuando la humana terminó de limpiar fue hacia el gato y le colocó un collar muy lindo, de color rojo, que decía *Señor Gato. Si se pierde devolver a Av. Franklin 1256.*

– Muy bien Señor Gato, éste es tu collar y ésta es nuestra casa.

El gato, fascinado ante la amabilidad de la humana, decidió quedarse y conocerla.

Pasaron mucgos años. Ambos se hicieron más amigos pues siempre salían juntos, comían juntos, dormían en la misma cama y veían televisión. Todo era perfecto.

Una tarde la humana regresó a la casa cansada y se lanzó sobre el sofá mientras el gato se subía a sus piernas.

– Oh, hola Señor Gato.

El gato maulló y la miró. Ella sabía muy bien que el gato estaba preocupado.

– Si, lo sé, estoy terrible, al parecer un compañero del trabajo salió de fiesta en cuarentena. Lo diagnosticaron con Covid–19 y ahora nos vemos obligados a hacer cuarentena para saber si hay más infectados.

El gato, luego de escuchar la siguió observando, notó la tristeza y el miedo que sentía su humana por lo que

decidió pararse encima de sus piernas y lengüetearle la cara, mientras que en su cabeza decía *estarás bien humana*. Luego de algunos días el gato despertó al escuchar una fuerte tos proveniente del baño, al investigar de que se trataba vio a su humana tosiendo en forma profusa. Se acercó rápidamente.

– Humana, ¿que te ocurre? – preguntó con algunos maullidos.

– Tranquilo Señor Gato solo es un resfriado, ya verás.

Al oírla el gato se calmó, pero eso no iba a durar mucho tiempo. Semanas después la tos siguió y empeoró la condición de la humana, su voz estaba débil, su temperatura subía demasiado. El gato sabía que algo andaba mal pero su humana le sonreía y siempre decía que se encontraba bien.

Un día, de improvviso, se abrió la puerta de la casa y varias personas vestidas con traje de astronautas entraron. Cargaban una camilla en la que se llevaron a la humana.

– ¿Dónde se la llevan? – maulló el gato.

Los enfermeros pensaron que el gato estaba alterado por lo que estaba pasando así que no lo tomaron en cuenta,

se llevaron a la humana que a duras penas pudo decir algunas palabras a los enfermeros.

– Por favor, lleven a mi gato – dijo con voz ronca.

– Si señora, claro que lo haremos luego que usted se establezca – obtuvo como respuesta.

La puerta se cerró detrás de los enfermeros y la casa quedó vacía. El gato se quedó tirado en el suelo, esperando a que lo buscaran. Pasaron unas horas y la puerta se abrió nuevamente, una enfermera lo metió dentro de una jaula para mascotas.

Cuando despertó vio una cama de hospital.

– Hola Señor Gato.

El gato reconoció aquella voz y se levantó rápidamente. De tanta alegría brincó hacia la humana y comenzó a rozar su cuerpo como una lombriz. Pero cuando levantó la mirada vio que su humana estaba pálida y tenía muchas agujas en los brazos.

– Eres tú, eres tú, te extraña mucho – maulló el gato.

– También te extraña demasiado Señor Gato.

Al terminar estas palabras la humana siguió tosiendo, el gato la miró y se acurrucó en ella para que no estuviera triste.

– No te preocupes Señor Gato, ya verás que mañana estaremos en la casa comiendo juntos. Tú siempre serás mi mejor amigo... – dijo la humana con una voz agonizante.

– Tú también humana, siempre serás mi mejor amiga y siempre estaremos juntos – maulló.

La humana cerró los ojos, agonizante, mientras acariciaba al gato.

Al despertar el gato reconoció el lugar donde estaba, sintió un delicioso aroma proveniente de la cocina. Al asomarse vio a su humana preparando el desayuno y su delicioso Quiscat.

– Listo Señor Gato, el desayuno está servido. – dijo la humana, sujetando un tarro de Quiscat.

¿Existen aún las buenas personas?

Autora: Antonella Muñoz Mora

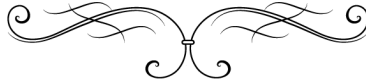




Ilustración: Yasmin Carrasco González



*

Hace mucho, bueno, no hace tanto tiempo, hace sólo un año y 5 meses, comenzó una pandemia global.

En una ciudad de Chile, una madre, su hijo y su pequeño guardaespaldas, es decir, su perro, vivían en un campamento, en un sector tomado por varias personas que se encontraban en la misma precaria situación.

Thomas se sentía feliz ya que en las noches su mamá, con el tiempo que le sobraba, le contaba cuentos, antes de quedarse dormido junto a su pequeño perro.

Aunque al despertar su mamá ya no estaría ahí, él sabía que ella debía ir a buscar trabajo para poder subsistir en ese difícil momento.

Un día Thomas y su perro fueron a visitar un parque alejado del campamento ya que cerca de su casa no tenía

amigos y los vecinos ya eran mayores o sólo se preocupaban de recolectar materiales para reciclar o pedir alguna ayuda en alguna calle de la ciudad.

**

Las personas en el parque no sentían su presencia, les era totalmente indiferente, pero en un momento el grito de un muchacho anunciando una pelota que se acercaba lo asustó. Su perro saltó contrarrestando el choque del balón.

— Mi perro no solo es hermoso, sino también es mi guardaespaldas. Menos mal que te tengo Spike — murmuró mientras pensaba qué hacía en aquel lugar, en un parque rodeado de personas para quienes era invisible.

— Hola — dijo el dueño del balón que le acababa de llegar tan sorpresivamente.

— ¿Quieres jugar conmigo?, no tendré una gran agilidad, pero te lo puedo recompensar ofreciendo mi amistad y un delicioso snack — agregó.

Entonces Thomas se sintió bien pues estaba conociendo a alguien en esos tiempos de pandemia, y de diferente clase social, eso era increíble.

Tomó el balón y se dirigió hacia el niño que lo miraba atento.

— ¡Claro! — exclamó, algo avergonzado — Justo tengo enorme apetito.

En poco tiempo comenzaron a llevarse bien. Olvidaron por completo los complicados tiempos en los que se encontraban. Los tres, incluyendo a Spike, por supuesto, jugaron toda la tarde sin importar la hora, como si se conocieran desde toda su vida.

De pronto, cuando el atardecer llegaba a su fin, se despidieron amablemente. Vicente tiró su balón a Thomas, junto a un gesto que fue de inmediato entendido.

Antes de marcharse se dijeron que todos los días, a las 15:00 de la tarde, se encontrarían en el mismo sitio.

Thomas llegó a su casa sonriente y feliz, con un balón nuevo, y con la guatita llena.

— Mamá, ¿Estás....? — gritó.

— ¿Mamá? — repitió más fuerte, al ver que su madre no aparecía.

En el fondo de la cocina su mamá estaba llorando, con algunas páginas de diarios encima de su regazo. En las hojas destacaban algunas marcas con destacador amarillo.

Thomas corrió hacia su madre y la abrazó. Se preguntó a sí mismo si el llanto sería porque aún no encontraba trabajo o porque él había llegado tarde.

— Hola — dijo la mamá — ¿Te lavaste las manos antes de tocar las cosas?

— Oh, se me olvido mamá, enseguida voy al baño — respondió.

— Todos los días me tengo que lavar las manos cuando salgo Spike. Cómo se me pudo olvidar desinfectar mi ropa antes de entrar a la cocina — le dijo a su perro mientras estaba en el baño.

Más tarde, Thomas llegó al lado de su mamá para contarle su día y cómo conoció a su nuevo amigo. Mencionó que no era como los otros chicos, era amable, solidario y no lo miraba indiferente, aunque sabía donde vivía.

— ¿Ah, sí?, me anima saber que te puedes distraer en el día sin que te acompañe — dijo acariciándole la cabeza.

— Sólo ten una distancia prudente para no exponernos, no estamos para pagar más gastos, hijo.

Más tarde, Thomas se sentía angustiado mientras pensaba si su mamá estaba bien o sentía mucha carga emocional.

— Quiero ayudarla, pero no sé cómo — pensó — ¿Qué hago para ayudar a mi mamá y quitarle el estrés y la ansiedad que trae?

Al otro día, en la calurosa tarde, nuevamente se encontraron Vicente y Thomas para jugar.

Pasados unos momentos Spike se echó a correr al escuchar un grito conocido. Era la madre de Thomas.

— ¡Ajá, me encanta verte jugar! — dijo —. ¿No tienes sed con este calor?, pronto se hará de noche y el lindo atardecer caerá.

En ese instante, la mamá de Vicente, que observaba atentamente, se percató de la mujer acercándose a los niños. Se dió cuenta que era la mamá de Thomas y la saludo en forma cordial.

Ambas se conocieron y se llevaron muy bien. Hablaban de los temas actuales y la difícil situación que estaban viviendo. Después de una larga charla, la mamá de Vicente entendió por qué la mamá de Thomas llevaba

tantos papeles en una carpeta fuertemente sujeta entre sus manos.

— ¿Sabes? Mi marido trabaja en una oficina y podría decirle que te recomiende a su jefe. Ambos tienen una buena relación laboral. Si quieres me das tu currículum para entregárselo hoy mismo. Te aseguro que te podré ayudar a encontrar un empleo estable en estos meses — dijo sonriendo mientras mostraba sus perfectos dientes.

— Gracias — respondió aliviada y un poco avergonzada.
— No sabes cuanta calma me da saber que alguien me ayude en este periodo. Es muy estresante todo lo que está pasando. Sinceramente no tengo mucho tiempo para buscar trabajo y abastecer a mi familia al mismo tiempo, es muy complicado.

Tiempo después.

Sonó el timbre en la residencia de Vicente. La Familia de Thomas llevaba una canasta llena de deliciosa comida, dulces y una carta de agradecimiento.

— ¡Hola! — Saludó la mujer y su hijo Thomas, al mismo tiempo.

— ¡Te extrañaba Spike! — gritó Vicente, dándole una galleta perruna al acompañante de Thomas.

Luego de que le pasó el currículum a su reciente amiga, en esa calurosa tarde, la contrataron para el puesto de asistente de oficina.

Los tres estaban felices. Sí, el perro igual contaba como parte de la familia. Ahora podían pasar más tiempo juntos y la madre de Thomas tenía un horario híbrido, establecido especialmente para estar presente en su casa y también en el trabajo.

Todo gracias a la solidaridad de Sara y su hijo.

La reducida familia de Thomas estaba agradecida y feliz. En los meses siguientes se formó un hermoso lazo de amistad entre todos y se logró el preciso equilibrio que necesitaba Thomas y su madre.

Por fin, después de tanto, habían encontrado personas buenas en estos tiempos delicados y difíciles.

Thomas, el solidario

Autor: Benjamín Saldaña Tapia

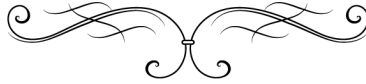




Ilustración: Leandro Huenchuleo Chichahual



*

Hola, mi nombre es Thomas, y lo que estoy por relatar pasó hace algunos años. Era el 2019, en ese tiempo aún vivía en Chile. Rondaban los rumores de un virus que había aparecido en China, pero no les prestaba mucha atención. Para ser franco no me interesaba en lo más mínimo, ya que en ese tiempo era un adolescente cualquiera al que no le interesaba nada. Bueno, basta de charla y distracción. Seguiré con mi relato.

**

Cuando ya estábamos en el año 2020, el virus se convirtió en pandemia y comenzaron a acabarse los suministros

sanitarios. Mi familia no era pobre, de hecho, mi padre ganaba más que suficiente para mantenernos, pero, cuando llegó la pandemia al país, mi padre perdió su trabajo.

Mi madre, por otro lado, no trabajaba. No porque no quisiera, sino porque ella padecía una condición conocida como inmunodepresión, por lo que era más propensa a enfermarse ya que sus defensas eran débiles y poco a poco se terminaban.

Mi pequeña hermana, al parecer, nació con la misma condición de mi madre, pero era un poco más resistente porque no cursaba tantas enfermedades.

Pasado el tiempo, en nuestra familia parecía marchar todo bien. Todo era aparentemente estable, pero, sin embargo, nuestra estabilidad no duraría para siempre.

Un día, cuando mi madre regresaba de hacer unas compras en el supermercado, comenzó a presentar tos persistente. Ella dijo que estaba bien, que era un simple resfriado con fiebre y que, debido a su condición, lo había cogido. Sin saberlo en ese momento, se había contagiado del temible virus.

Pasaron dos semanas y mi madre falleció por causa del virus. Yo estuve muy deprimido por su muerte. Mi padre por su parte, estaba dolido por la pérdida, pues no había podido hacer nada por ella, al no tener trabajo no pudo comprar medicamentos, solo le alcanzaba para comprar alimentos. Mi padre se sentía culpable de que ella ya no estuviese con nosotros.

Por mi parte, cuando mi madre aún estaba con vida, no la iba a ver al lugar en el que estaba. No porque la odiara u odiara ir al hospital, simplemente porque cada vez que veía su cara un pensamiento atacaba a mi mente, repitiéndose una y otra y otra vez, *ella va a fallecer*, y una extraña sensación recorría todo mi cuerpo. Ese pensamiento me atormentaba todo el tiempo, quizás algo en mi interior estaba tratando de decir lo que sucedería y no lo quise aceptar.

Me sentía pésimo ya que no era un hijo ejemplar, de hecho, era un chico muy problemático, pero, aunque

fuera así, mi madre siempre me sonreía y miraba con gentileza y amor, y a diario se preocupaba por mí.

Pasó poco más de un mes desde que falleció mi madre y debo admitir que, por mi idiotez, ni siquiera pude escuchar sus últimas palabras. Mi padre cayó en depresión por la pérdida por lo que mi hermana y yo estábamos muy apenados.

En los primeros días, después de la muerte de mi madre, me sentía fatal, ansioso y lleno de preguntas. ¿Como le explico a mi hermana pequeña que mi madre no estará en su primer día de liceo?, ¿Cómo le digo que mi madre no estará presente en su licenciatura? ¿Como le podré decir a mi hermanita que nuestra madre no la abrazará cuando esté llorando por un pequeño dolor de estómago? ¿Quién la peinará en las noches antes de dormir?

Fue un período en el que pensé que no podría salir adelante, no podía imaginar una vida sin mi madre, pues había sido mi sustento y mi cuidadora.

Dentro de un lapso tan corto la vida nos daría otro golpe fatal, pues pasados unos días, el virus había vuelto a entrar en mi familia y la persona afectada en esta ocasión fue mi hermana, mi pequeña hermana.

Como mi hermana padecía lo mismo que mi madre le esperaba el mismo destino. A diferencia de la vez anterior, en esta ocasión estuve con mi hermana todo el tiempo, sin importar que me contagiara, ya que solo quería hacerle compañía mientras aún viviera.

Después de que ella falleció, el daño que mi padre recibió fue abismante.

Mi hermana me dijo, antes de morir, *siempre sean buenas personas y mantengan una gran sonrisa*. Me puse a pensar en cómo una niña podía decir estas palabras y se me vino a la mente recuerdos de mi difunta madre y entonces pude deducir que esas palabras, sus últimas palabras, fueron las de ella hacia mi hermana.

Finalmente, después de no haber llorado la muerte de mi madre, al escuchar esto, las lágrimas salieron de mis ojos. Sentí todo el dolor, me quebré y todo el peso y la carga de perder a dos seres queridos apareció.

Pasado el tiempo, mi padre empezó a tener problemas de alcoholismo, me dejó solo, y yo, en lo profundo de mi corazón, juré ayudar a todas aquellas personas que pasaran por una situación similar. Esto porque no quiero

que las personas atravesasen por los horribles momentos que yo viví.

Uno piensa que está preparado para enfrentar la muerte de un ser querido, pero, en realidad, al llegar el momento nos damos cuenta de que nunca estamos preparados y sentimos como si dos camiones nos hubiesen pasado por encima.

Comencé a deliberar cómo un adolescente, de solo 16 años, podría ayudar a la gente sin siquiera tener recursos, así que empecé a reunir dinero haciendo pequeños trabajos. La paga era poca, pero lo valía si quería cumplir el objetivo que me había propuesto. Tenía que esforzarme mucho y darlo todo de mí para ayudar a personas de escasos recursos. Después de juntar una gran suma de dinero viajé por muchas zonas visitando a familias cuyas situaciones eran difíciles. Ayudé a muchas familias, dándoles esperanza y logrando que sus seres queridos estuvieran más tiempo con ellos.

Aunque estaba cansado seguía adelante porque sabía el triste destino que le depara a algunas personas. Mi nombre se hizo conocido y me llamaban *Thomas el*

solidario, porque no pedía nada a cambio y siempre les mostraba una sonrisa al ayudarlos.

Pero un día sucedió lo peor. Lamentablemente me contagié del virus. Pensé que se había acabado todo, *hasta aquí llegué*. Yo no quería partir pues todavía quedaba tanta gente por ayudar, personas que estaban sufriendo, niños que quedarían solos.

Se esparció la noticia de que *Thomas el solidario* había caído enfermo por el virus. Sin darme cuenta ya habían pasado dos largos años desde que emprendí mi viaje para ayudar a las personas. Estaba asustado, mientras estuve en cama no tenía a nadie a mi lado, mi padre, del que no sabía su paradero, se me venía a la mente y lágrimas salían de mis ojos, porque para mí, aún no cumplía el objetivo de ayudar a todas las personas y estaba molesto conmigo mismo. Pero, de un momento a otro, entró mi padre y, detrás de él, muchas personas.

No sabía lo que pasaba, mi padre, que estaba sobrio, vino hacia mí y me abrazó pidiéndome perdón por no haber estado a mi lado y por haber actuado así durante estos dos años. Le pregunté, después de habernos reconciliado, por las personas que lo acompañaban, y él, con una sonrisa en el rostro, me dijo que se trataba de personas a las cuales yo ayudé y que solo querían devolverme el favor.

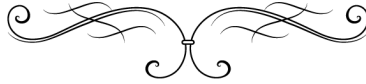
Gracias a mis acciones estoy aquí, contándote esta historia. ¿Qué me deparó el futuro? Bueno, soy el gerente y fundador de una instalación científica que investiga enfermedades. Así, cuando una nueva enfermedad venga, podremos tener una cura en el menor tiempo posible.

Aún sigo con las palabras de mi madre en el corazón, y siempre estoy con una sonrisa y feliz de ayudar a todas las personas que lo necesitan.

Antes de ponerle fin a esta historia te diré unas palabras, tú decides si aplicarlas en tu vida. Si eres una persona buena, noble, confiable y ayudas a otros, aunque sea en lo más mínimo, los buenos o pequeños actos que realices serán devueltos, la vida te devolverá el favor tal como a mí me pasó. Quizá no de manera inmediata, pero todo tiene su tiempo.

Jack y la sombra

Autor: Eduardo Alvarado Bernal



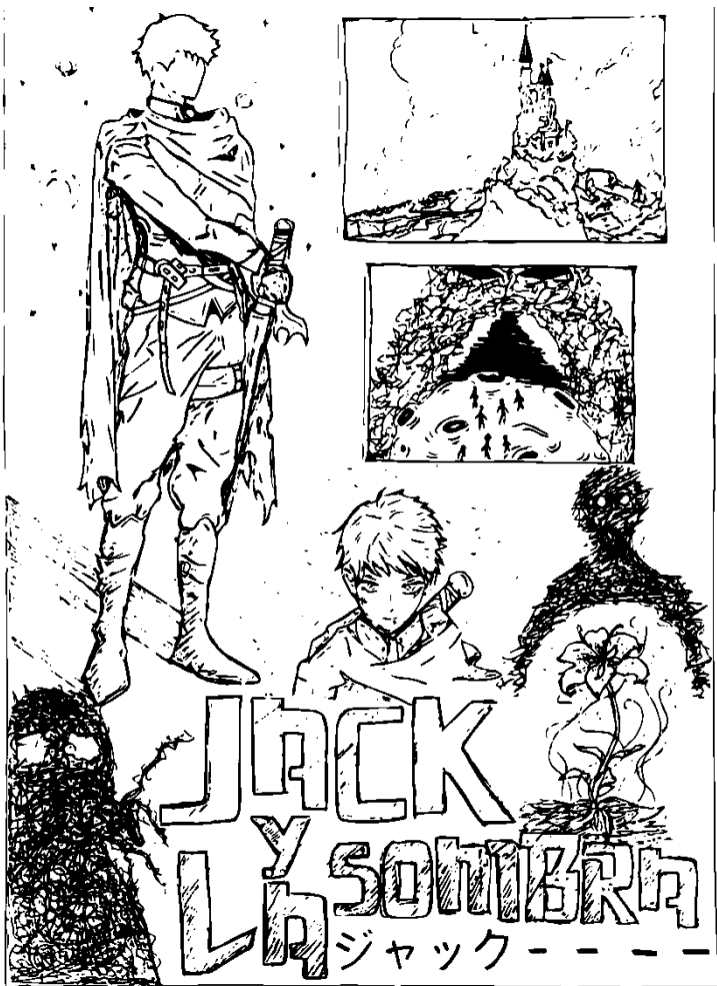


Ilustración: Eunice Madero Lagos



*

Había una vez, un pueblo llamado Setenil. Estaba ubicado en medio de lo que ahora es Inglaterra. Allí habitaban hadas, monstruos, gigantes, duendes y otros seres mitológicos.

Si bien todo era hermoso, lamentablemente no duró mucho.

**

Un día, el bello pueblo, o mejor dicho todo el planeta, fue azotado con la terrible noticia de que una sombra, un ente, algo que no se podía ver muy bien, había llegado sin previo aviso. Algunos creían que esto venía de un pueblo cercano llamado Lydra, donde acostumbraban a experimentar con alimentos y químicos. Otros decían que

fue por algo más siniestro, un tipo de guerra biológica entre pueblos vecinos. Se decían muchas cosas, pero la verdad es que nadie sabía concretamente como surgió, tampoco teníamos muy claro que consecuencias tenía en las personas, hasta que llegaron los primeros casos.

— “La sombra tiene la capacidad de entrar en tu cuerpo y destruirlo desde dentro. Algunas veces lentamente, otras veces rápido, pero mientras te destruye también te congela, te inmoviliza. Deben cuidarse y mantenerse en sus hogares” — decía el mensajero enviado por el rey Sebastián, antes de proceder a cerrar su pergamino y marcharse en su caballo.

Más tarde informaron que la sombra funcionaba distinto según la persona a la cual afectaba, variando en muchos aspectos.

Lamentablemente, no solo afectaba en la salud física del pueblo, sino que más tarde llegaron consecuencias aún más devastadoras.

Luego de unos meses pudimos notar cómo las personas se volvían cada vez más apáticas e individualistas, se preocupaban sólo de su bienestar, sin importarles si dañaban a los demás. Si veían a alguien sufriendo

seguían sin siquiera dejar pasar por su mente la idea de ayudarlo, se estaban volviendo un pueblo muy frío, muy poco solidario y, sobre todo, muy cruel. No había mucho por hacer, o al menos eso pensaba la mayoría. Pero fue en ese momento, en el mismo pueblo, en una casa de color verde, ubicada al costado derecho del gran castillo dorado del rey Sebastián, un chico cansado de toda esta situación comenzó a idear la forma de cambiarla. Por si se lo preguntan, ese chico soy yo, Jack.

Pasaban muchas ideas por mi cabeza para poder terminar con la sombra, como construir un fuerte libre de sombras o crear un tipo de utensilio que las atrapara, pero todas las ideas no tenían lógica, y lamentablemente, no eran lo que necesitaba.

Después de unos días de pensar, recibimos la noticia de que mi madre estaba con la sombra. Se paralizó, y como hasta el momento no había cura, nadie sabía que hacer. Con esa tristeza y miedo decidí partir en busca de la solución. De camino a la casa de Henry, mi amigo de confianza, vi una familia que no tenían nada para comer ni abrigarse. Pude ver cómo la gente pasaba de un lado a otro sin siquiera mirarlos. Me detuve y les di la poca

comida que llevaba y también mi abrigo. En ese momento se detuvo un caballero con una hermosa armadura y me dijo: *recuerda no dar por caridad, sino que debes preocuparte por intereses comunes para que nadie se quede atrás ni se quede solo, esa es la esencia de la solidaridad* y se esfumo.

Más adelante vi a otro chico, Richard, el que por lo general era altivo y se creía mejor que todos porque era hijo del rey Sebastián. A veces, la gente pobre lo miraba mostrando una sonrisa y un amable gesto y él ni se dignaba a responder con amabilidad.

Era lamentable como esa actitud tan individualista se había extendido últimamente.

Llegué a la casa de Henry y conversamos por horas buscando algo que pudiera derrotar de una vez por todas a la sombra. Al no poder llegar a ninguna conclusión viajé de vuelta a mi hogar, de camino debí pasar por un cementerio y me extrañó ver a Richard, arrodillado frente a una tumba. Me acerqué para preguntarle qué hacía allí, al verme llegar se incorporó inmediatamente y se fue sin decir nada. Me pareció muy extraño pero la verdad es que no podía obligarlo a hablar conmigo, así que seguí mi camino. Al llegar a mi casa conversé con mi papá sobre lo

que había pasado aquella tarde, no se sorprendió mucho por la actitud de las personas, y al mencionar lo de Richard me dijo que debía ser por lo de su abuelo. Yo quede perplejo. No tenía idea que había pasado algo con su abuelo.

Mi papá me comentó que el abuelo cuidaba de Henry y había sido contagiado con la sombra, él no sabía tanto sobre la historia, solamente repitió lo que leyó en un comunicado que hacía un tiempo el rey envió al pueblo. Esa misma tarde el rey anunció el cumpleaños número 18 de su hijo. La verdad es que no invitaron a nadie, pero si recibieron muchos regalos.

Pero aquella noche llegó Richard a mi casa, desesperado, con un papel en la mano. Me contó toda la historia, su abuelo le había dejado una carta antes de que llegara la sombra y le pidió a su padre que se la diera en su cumpleaños 18. En esa carta se detallaba absolutamente todo lo referente a la sombra, desde su creación hasta como sanarla. La cura era una flor mágica llamada *pfitonic*, era de un color rojo brillante. Lo malo era que decía que aquella flor solamente podía ser usada dos veces.

Rápidamente preparé mis cosas para salir en búsqueda de esa flor. Fuimos exactamente donde detallaba la carta y la encontramos. Volví a mi casa para sanar a mi madre

y luego al abuelo de Richard, pero de camino vimos a alguien que se encontraba gravemente enfermo. Pensé en lo que me dijo el caballero con aquella armadura, me acerqué y le di una parte de la flor. Casi inmediatamente se levantó, me agradeció y fue con su familia. Me sentí triste por no poder salvar a mamá, pero alegre de poder ayudar a una persona. Fuimos a casa de Richard, y le dimos la otra parte a su abuelo, el cual igual que la persona anterior, se sanó de inmediato. Se levantó y dijo *díganme que aún les queda una parte*, pero al ver que no quedaba nada de la flor dio un grito y cayó al suelo. *Estamos perdidos*, dijo, y lo repetió sin cesar. Salimos tristes del cuarto y lo dejamos solo.

Regresé a mi casa, en cuanto llegué vi a mi madre recuperada. Quedé impresionado. De improvisto se acercó el abuelo de Richard y dijo: *Lo lograron, ¡Fueron solidarios! Ustedes lograron acabar con toda la frialdad, poniendo el bien de otros en lugar del suyo, así pudieron liberar a todos los que estaban encerrados.*

La empatía, solidaridad, amor y compasión mutua nos hace fuertes y poderosos, porque todos formamos parte de un todo.

Somos uno y debemos apoyarnos y ayudarnos.

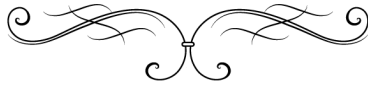
Pasaron algunas semanas y si bien la sombra no desapareció ni se fue, las personas aprendieron a amarse, ayudarse y por sobre todo a ser solidarios. Se apoyaban si alguno se contagiaba, hacían calderas comunes para que los que no tenían recursos se pudieran alimentar y abrigar y se ayudaban en todo lo que podían frente a la dificultad que pasaban.

Finalmente aprendieron a aceptar el proceso que vivían y dejaron de intentar hacerlo pasar rápido, después de todo aceptar la realidad los hacía más valientes que el más grande de los caballeros y, en honor a eso, en la entrada de aquel pueblo pusieron un letrero con la frase:

La solidaridad teje una red entre todas las personas que la practican y las hace mucho más fuertes.

La alegría de ayudar

Autora: Isca Miranda Caniumil



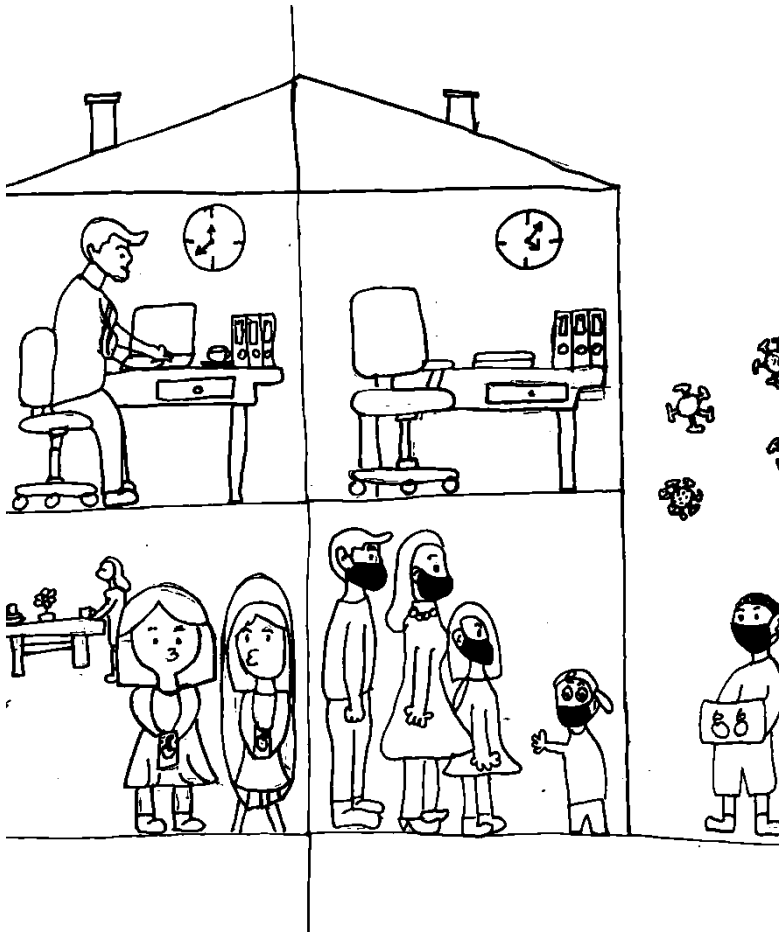


Ilustración: Carlos Hormazabal Astorga



*

Mi mamá siempre dice que de los errores que cometemos solemos aprender nuevas cosas; pero desde que unos científicos chinos erraron en uno de sus experimentos no he podido dilucidar qué aprenderían de eso y por qué nosotros debemos lidiar con su equivocación.

**

Ya se cumplieron exactamente 303 días desde que todo comenzó. ¿Por qué lo sé? Porque me dediqué a marcar con rayas mi cuaderno de matemáticas, que ya no cumple con su fin inicial, pues ahora es mi cuaderno de rayas. Supongo que es mucho tiempo, ya no veo a mis amigos como antes y tampoco puedo ir a la escuela, no es que me

guste, pero al menos allí podía asistir a mis entrenamientos de futbol.

Cuando todo comenzó el sol resplandecía como nunca sobre la ciudad, ya era verano, el primero que pasamos en esta situación. Las personas transitaban sin parar de un lado a otro, iban apesurados y amargados, aunque era difícil distinguirlo por el cubrebocas que debíamos usar, podía notarlo pues su frente estaba fruncida. Ya estoy acostumbrado ver a las personas así, en casa mamá y papá también tienen su rostro de esa manera.

Antes de la llegada de la pandemia recuerdo que todos los fines semana iba al mall con papá y mi hermana Rocío, sólo porque a mí me gustaba montar los carritos chocones. Toda la gente estaba en las calles, negocios, parques e incluso los niños y jóvenes en los colegios, pero ahora solo veo a personas en unas interminables filas en diferentes partes de Santiago.

Mientras observaba sentado en una de las bancas en la plaza, esperando a que papá saliera de su trabajo, un

hombre que no se veía en buen estado gritaba a todo pulmón, con su botella de alcohol en la mano, maldiciendo a una tal cesantía, la verdad no sé muy bien que significaba, pero si lo había escuchado unas cuantas veces en la televisión, a los vecinos e incluso a mis papás. Luego de unos minutos llegaron los carabineros y se lo llevaron, aunque lo más probable es que no haya sido por sus gritos, sino porque no estaba utilizando su cubrebocas. Te retan si no la usas, mamá dice que así no nos tocará el bicho, pero que igual debemos mantener distancia con la gente que no es de nuestra casa.

En un momento sentí que una mano me tocó el hombro, giré la cabeza y me encontré con papá, transpirando por las altas temperaturas del verano.

Hace varios días hemos estado haciendo lo mismo, en las mañanas salimos de casa para que el reparta papeles con sus datos, se llaman *curriculum vitae*. Yo lo espero sentado en algún lugar, es divertido acompañarlo, pero no sé cómo le pagan si solo entrega esos papeles en cada lugar que vamos.

Ya era tarde y habíamos terminado de visitar el último lugar de su lista, se trataba de una pescadería, y como ya estaba oscuro nos fuimos a casa.

Al llegar a casa la familia se sentó alrededor de la mesa y mamá sirvió la comida que obtuvo en una olla solidaria, gracias a las personas que trabajan en el Hogar de Cristo. Hace bastante tiempo hacemos eso, mamá no cocina como antes porque dice que está muy cansada así que va donde esas personas que le regalan comida. Personalmente preferiría que hicieran postres de chocolate pues me gustan mucho, pero en casa todos dicen que debemos estar agradecidos por lo que tenemos.

Hace unos meses vinimos a vivir con los abuelos porque el departamento donde vivíamos se lo entregaron a unas personas que si podían pagarlo; ahora estamos todos juntos, no es tan malo, aunque debo compartir habitación con mi hermana mayor que siempre está estudiando con su celular, ella dice que es para las clases online. Yo igual sigo haciendo mis tareas, pero no puedo ver a mis compañeros.

Ahora tengo más tiempo para ayudar a mi abuela Matilda con las cosas de la casa, como no podemos salir juego a las cartas con ella o la ayudo con sus cosas de la

iglesia, donde antes asistía todos los domingos. En esa iglesia llenan muchas cajas con todo tipo de cosas: comida, ropa, pañales e incluso bidones enormes con agua potable. Las transportan en una camioneta hacia las poblaciones más alejadas donde las casas son más pequeñas que mi cuarto y los niños llevan ropa muy desgastada.

Un día acompañé a mi abuela junto con otras personas en la camioneta a hacer unas entregas. Cuando llegamos a la población mucha gente se amontonó para recibir alguna de las cajas. Pude ver como un niño lloraba cuando su mamá se incorporó a la multitud de personas y desapareció entre todos. Como se trataba de un niño pequeño creí que estaba asustado y recordé que mi abuela me dijo que dar ayuda a las personas que están tristes nos hacen gente de bien, por lo que me acerqué a él y le di uno de mis autitos de juguete. Le dije que no debía estar triste porque su mamá volvería en cualquier momento, debía estar contento porque el bicho no los ha encontrado y que pronto ambos volveríamos a clases y podría jugar con sus amigos.

El niño dejó de llorar y comenzó a jugar con su nuevo autito. Luego de unos minutos mi abuela me llamó para irnos por lo que me despedí del niño y regresé a la camioneta.

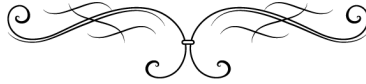
Rumbo a casa le conté a mi abuela lo que había hecho, ella se puso feliz y me felicitó por el buen acto del día. Igual me sentía bien, aunque me deshice de uno de mis juguetes supe que realmente fui de ayuda para ese niño.

Cuando los señores científicos puedan vencer al bicho que nos tiene encerrados podré ir al colegio y contarles a mis amigos como hacer para ayudar a otros y que todos puedan ser personas de bien.

Por el momento sólo debo esperar pacientemente mientras ayudo en casa y, sin falta, día a día marcar en mi cuaderno de matemáticas (que ya no es de matemáticas), los días que pasen hasta volver a vernos las caras sin tener que cubrirlas.

La lección

Autor: Jhimmy Carrasco Mella



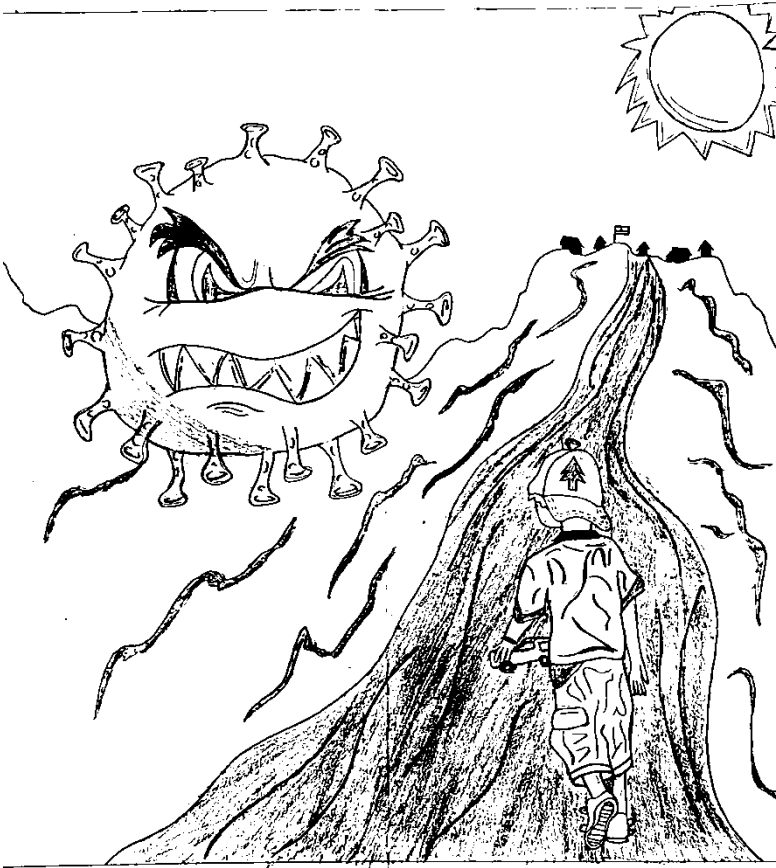


Ilustración: Benjamin Torrealba Ramos



*

El 2020 fue un año en el que el mundo tuvo que aprender a vivir de una manera en la que no estaba acostumbrado.

Fue necesario adaptarse al encierro, lo que no resultó nada sencillo.

Aunque era una situación difícil y en algunos casos imposible de superar, la cuarentena ayudó a mantener a la gente sana y, aunque fue necesario estar separados, la verdad es que necesitamos mantenernos unidos.

La familia Diaz aprendió de la cuarentena, pues en lugar de separarlos, aprendieron una importante lección de vida.

Esta familia estaba formada por Tomás, Lucía, Sofía y Jonatan. El que más resaltaba entre todos ellos era Jonatan pues era un niño de 10 años que siempre trataba

de animar a su familia, ya sea contando chistes, invitándolos a jugar o ayudándolos con cualquier asunto. Sofía, una niña de 15 años, totalmente engreída y ególatra, no tenía tiempo para ayudar o para hacer algún acto bondadoso, ya que pasaba la mayor parte del tiempo admirando su belleza en el espejo.

Tomás era el padre que siempre tenía mucho trabajo, por lo que no pasaba mucho tiempo con su familia.

Por último, tenemos a Lucía, ella era la madre que estaba siempre saliendo a compartir con sus amigas, por lo que tampoco pasaba mucho tiempo con la familia.

**

La familia no era muy querida en el barrio, ya que no solían ser muy amigables y, por lo general, no brindaban ayuda a nadie, a excepción de Jonatan, que siempre hacía lo posible por apoyar a todo el mundo que lo necesitaba. Un día como cualquiera todo era normal, pero Lucía no había querido salir de su pieza, situación que preocupó mucho a Jonatan.

— ¿Qué pasa mamá? ¿Estás bien? — preguntó Jonatan hablando desde la puerta.

— ¡No entres a la pieza! — respondió Lucía alterada.

— ¿Por qué mamá? ¿Estás bien? — insistió Jonatan a su madre.

— Creo que lo pillé, perdón, de verdad — respondió Lucía totalmente preocupada.

— ¿Qué pillaste mamá?

— Ayer estaba con mis amigas, en una junta como cualquier otra, y de la nada comencé a sentirme mal, pero decidí ignorarlo por completo. A media noche me sentí fatal y, preocupada por mi salud, busqué información sobre los síntomas del virus... y creo que estoy infectada — respondió muy preocupada.

Su hijo al escuchar esto se preocupó demasiado, por lo que decidió decirle a su hermana para que puedan hacer algo al respecto.

Llamaron a su padre para que esté al tanto de la situación y él llegó inmediatamente.

Tomás llamó por teléfono para que vayan a su casa a hacerles una prueba para saber si estaban o no infectados. Los médicos dijeron que la madre estaba infectada y, por lo tanto, todos los integrantes de la familia debían hacer cuarentena obligatoria.

— No nos separaremos en esto, sé que nunca tengo tiempo para ustedes, pero quiero remediarlo, prometo cuidarlos y mantenerlos unidos en esta situación. De esto saldremos juntos — dijo Tomás a su familia, animándolos en el difícil momento que estaban pasando.

Pasaron unos días y los integrantes de la familia comenzaron a tener los síntomas del virus, a excepción de Jonatan, quien trató de hacer sentir bien a su familia para que la cuarentena fuera más llevadera.

Luego de unos días Tomás se dio cuenta de que necesitaban comprar comida, pero ninguno podía salir de casa.

— Perdón por no haber ido a comprar antes, estaba muy preocupado y no podía pensar bien — dijo Tomás.

— No te preocupes amor, ya encontraremos la forma de conseguir comida — le contestó Lucía, para tranquilizarlo.

Jonatan se sorprendió por la forma en que toda la familia actuaba pues estaban más unidos que nunca. Mientras pensaba en su familia fue interrumpido por alguien que tocó la puerta de la casa.

— ¿Quién es? — preguntó Jonatan.

— Soy el vecino, vi a unos tipos de blanco afuera de su casa y sospeché que las cosa no andaban bien. Vengo a dejarles comida, en estos tiempos todos tenemos que ayudarnos. Cuídense.

La familia quedó sorprendida por el acto de solidaridad de su vecino pues ellos nunca trataron bien a la gente, sin embargo, ahora esa misma gente los ayudaba.

Pasó un tiempo y la familia se recuperó. Ahora todos están más unidos que nunca.

La acción del vecino cambió tanto su forma de pensar que ahora están dispuestos a ser solidarios con todos.

Jonatan finalmente pudo tener a su familia unida y solidaria, todo gracias a una persona que los ayudó sin esperar algo a cambio.

El gran apoyo

Autor: Joaquín Paine Quemener

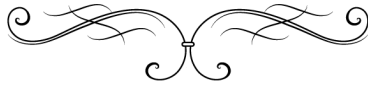




Ilustración: Estefany Siloa Nahuelan



*

Un padre empresario junto a su hermosa esposa, dueña de casa, con sus lindos hijos de 10 y de 8 años, eran muy felices.

Salían de vacaciones muy seguido. Unas de las mejores vacaciones las pasaron en Dichato. Estando allí fueron a la playa de Ramuntcho y a la playa de Pudá donde lo pasaron súper bien. También fueron a Conguillío, al Salto de la Princesa y a otros lugares hermosos.

**

Al llegar el 2020 comenzó el coronavirus y la familia, que estaba acostumbrada a tener vacaciones, y ahora no podían salir tanto, comenzaron a sentirse mal psicológicamente. Un tiempo después, la empresa del

padre quebró, le embargaron todo lo que tenían por lo tanto quedaron en la calle.

Para sobrevivir tuvieron que comer la comida que botaba la gente.

Una persona supo las condiciones de esta familia e hizo una reunión con los demás vecinos. Les comentó la situación y quienes escucharon se conmovieron, por lo que quisieron reunir dinero. Para lograrlo organizaron una rifa.

Todo resultó muy bien, gracias a la rifa reunieron \$400.000 pesos. Con ese dinero arrendaron una casa pequeña que les costó 200.000 pesos y lo restante lo utilizaron para comprar mercadería y ropa.

Después de eso fueron a buscar a la familia y les enseñaron la casa. Ellos no lo podían creer. Estaban llorando de alegría. Agradecieron mucho a todos sus vecinos.

Días más tarde, el padre estaba sentado en un sillón, con la mirada perdida en una pared, pensando qué podía

hacer para mantener a la familia. Pensaba y pensaba, sin despegar la mirada de aquella pared. La esposa le preguntó qué tanto miraba y él respondió que estaba pensando en la forma de salir adelante.

En un momento el hijo de 10 años tuvo una idea y le dijo a su papá que podrían crear un auto lavado en la casa y de esa forma podrían ayudar a todos. El padre lo miró por un momento, meditando y finalmente dijo que parecía ser una buena idea. Lo pensó por algunos días y después reunió a su familia para decirles que publicaría lo del nuevo auto lavado, pero que tendrían que poner todos de su parte para salir adelante.

Pasaron cuatro días y llegaron dos autos. Los recibieron muy bien y los limpiaron hasta dejarlos relucientes. A los clientes les gustó el trabajo por lo que dijeron que los recomendían a más personas.

Cada vez llegaban más autos por lo que debieron comprar muchos productos, por ejemplo, renovador, shampoo para autos, desengrasante y aromatizante. También compraron accesorios para autos.

El padre agradeció a su familia por apoyarlo.

Más adelante el padre arrendó un local y también incluyó lavado de motores. Luego pudo agrandar el local para agregar un taller para balanceo y cambios de aceite, por lo que fue teniendo cada vez más ganancias, lo que le permitió contratar a doce trabajadores.

Luego de un tiempo el padre llevo a la familia a una nueva casa y les preguntó qué les parecía. La esposa y los hijos no podían creer que el papá la había comprado. Todos lloraron de alegría. Los hijos entraron a la casa corriendo y la exploraron por todos lados, gritando que era más grande que la anterior.

Para inaugurarla invitaron a todos los vecinos que los habían ayudado. Prepararon la casa para una fiesta. Al llegar la noche empezaron a llegar los vecinos. El padre preparó la carne y la esposa ofrecía los cocteles.

Cuando llegaron todos los invitados el padre tomó un vaso y lo golpeó con una cuchara para llamar la atención y poder hablar.

Con su voz ronca y una sonrisa mencionó que su familia y él estaban muy agradecidos de la ayuda que les habían prestado en su peor momento, aun cuando no habían sido los mejores vecinos.

El hombre terminó agradeciendo con lágrimas en los ojos. Los vecinos contestaron que no ayudaban para que se lo agradecieran o para recibir algo a cambio, ayudaban porque era lo correcto. El padre se secó las lágrimas y dijo que la carne ya estaba lista. Todos se sentaron felices a comer.

Al día siguiente, la familia limpió todo y fueron a la casa anterior a buscar sus cosas.

El padre reunió a su familia y les dijo que finalmente había vuelto a la cima, donde estaban antes, tanto económica como psicológicamente.

Un tiempo después, viendo sus ganancias, el padre decidió comprar un auto. Lo hizo sin decir nada, para darle una sorpresa a su esposa e hijos. Una vez que llegó al concesionario se decidió por un Chevrolet Captiva. El mismo día le entregaron el vehículo por lo que fue directo a su casa, cuando llegó tocó la bocina para que saliera su esposa y sus hijos. Todos quedaron con la boca abierta. Estaban felices.

Luego de dar unas vueltas por el barrio, al llegar a la casa, la esposa y el padre prepararon la cena, todos se sentaron

en la mesa y el padre dijo que antes de comer debían dar las gracias.

Se tomaron de las manos y dieron gracias a Dios por otorgarles una segunda oportunidad, por tener vecinos tan generosos y por enseñarles que, aun estando en su mejor momento se puede caer, pero que siempre podrían levantarse y tener una segunda oportunidad.

Cinco niños y una historia

Autora: Krishna Alvarez Díaz

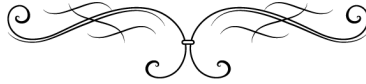




Ilustración: Stephanie Gonzalez Huenchuman



*

Un día cualquiera, un niño estaba solo en el recreo, aislado de todos los demás.

Se encontraba muy solo, miraba con recelo a los grupos de niños que jugueteaban entre ellos. Pero él, en ese momento no tenía amigos, ya que ese día no habían asistido a clases.

Unos muchachos, amablemente, invitaron a este niño solitario. Él se sintió mejor porque ya no estaba solo. Jugaron bien en ese recreo y luego se fueron a clases.

El niño estaba feliz por encontrarse acompañado, ya no pensó en qué haría al siguiente recreo, sino que estuvo bien concentrado en clases, relajado, como si estuviera todo bien.

Pero la verdad era que aquel niño tenía muchos problemas, en casa no estaba cómodo, a menudo no

llegaba y siempre paseaba solo, ya que sus amigos tenían padres estrictos y si no cumplían sus horarios, seguro les llegaba un castigo. Y él no quería que sus amigos estuvieran castigados por su culpa por lo que prefería estar solo, y al día siguiente disfrutar de los momentos que pasaba con sus amigos en la escuela.

**

Bueno... ¿Dónde nos quedamos? Ah si, en el recreo. Él niño solitario no se desconcentró en la clase hasta que salió feliz al recreo con sus nuevos amigos. Los niños felices por estar con él, le compartieron colación, jugaron y corrieron de nuevo. Estuvieron así por un buen rato, hasta que los niños se dieron cuenta de que no sabían su nombre.

Martí, el líder del grupo preguntó.

— ¡Ey! Tú, si tú... el niño nuevo ¿Cómo te llamas? – dijo super agitado, tratando de recordar como demonios se llamaba el chico al que habían agregado recién el recreo pasado.

— ¿Eh? ¿Yo? – aún agitado, ya que nunca corría con sus otros amigos – Heavy... Heavy Antilef.

— Por un momento pensé, que te llamabas Jaivi – dijo Popas.

La verdad es que se llamaba Marcelo, pero simplemente le decían Popas, porque una vez les dijo a sus amigos que las burbujas se llamaban *popas de jabón*.

— ¿Cómo se va a llamar Jaivi? ¿qué es eso? — dijo Leo, que era quien seguía al líder del grupo por el simple hecho de que sus papás se conocían hace años.

— No lo sé, solo se me vino a la cabeza — respondió Popas.

— Naaaah, es un nombre un poco peculiar, pero es chido

— dijo Ellie, la niña por la que el grupo entero babeaba.

Luego de esa charla, el niño solitario se preocupó un poco, pensó que al día siguiente lo olvidarían, y que, si volvían a faltar sus amigos, estaría solo otra vez, y quedaría devastado.

Mientras se ahogaba en pensamientos tristes y penosos, Martí ya estaba ideando un plan para hacer antes de que tocara la campana para entrar a clases. Él quería hacer una carrera, el primero en hacer cuatro vueltas en todo el patio, sin parar, ganaría un caramelo que llevaba más de tres días en su mochila.

Así que, mientras decía eso, Heavy despertó un poco y fue a su lugar para comenzar a correr, le siguieron los demás.

— En sus marcas, listos, fueraaaaaa... gritó Martí.

Empezaron a correr todos menos Martí, porque debía ver quien ganaba aquella épica carrera. Heavy quedó último, es triste, pero es la verdad.

Aceptando su derrota, cansadísimo y aún un poco melancólico se quedó parado esperando que le dirían, pero nadie hizo comentarios.

Luego de que todos recuperaron el aliento, Martí dijo que irían por el premio para el ganador. Se trataba de otro niño, Frank, era el mejor amigo de Ellie. Se conocían por estar en el mismo salón y compartir los recreos y vivir en la misma cuadra. Raro ¿verdad?, pero son cosas que pueden llegar a pasar en este universo.

Todos siguieron a Martí hasta la puerta de su salón, y ahí lo esperaron para que trajera el dulce. Hizo la entrega y se despidieron, ya que en ese preciso momento tocó la campana para entrar a la última clase.

Heavy siguió feliz, aunque muy cansado. Estuvo dispuesto a participar en clases cuando le preguntaban cosas. La profesora siempre le preguntaba cosas, pero no respondía porque no le agradaba nada eso de hablarle a los adultos, tenía muy malas experiencias. En un

momento la profesora le hizo una pregunta y ya tenía el libro abierto para anotarlo y llamar a su apoderado cuando se negara a responder, pero esta vez, Heavy si respondió. La profesora cerró el libro de golpe y lo felicitó. Volvió a abrir el libro y como tenía ya el lápiz en mano anoto algo en una página.

Heavy llegó a brincar del susto pues pensó que habían anotado algo en su hoja de vida.

— Pero profe, si le respondí.

— Si Heavy, y te anoté, pero no es una negativa, hoy has estado muy activo en clases por lo que supe de los otros profes, así que puse una anotación positiva.

La profesora se levantó de su asiento y le mostró el libro al muchacho, él sonrió. Desde que tenía ocho o nueve años que no sonreía. La maestra, al verlo feliz, lo abrazó y le dijo al oído.

— Por favor, sigue así, me gusta esta versión de ti, más que esa versión malhumorada y agrandada de siempre.

El niño, feliz, pidió permiso para ir al baño. La profesora sorprendida le contestó que sí. Él va feliz, y en el baño, ya encerrado y seguro de que estaba solo, lloró de pura felicidad. Hacía más de tres años que no le colocaban una anotación positiva.

— Tal vez, si me portara bien, y si me va mejor en la escuela, mis padres me pondrían más atención y no me dejarían de lado.

Ooooouuuhhh, es cierto. No les he contado que pasó con sus padres. Bueno aquí voy. Él niño solitario reflexionó de aquella forma porque sus padres no le demuestran nada de afecto. No son millonarios fríos consiente niños, tampoco son gente ocupada que vive trabajando y no tienen tiempo, tampoco se trata de personas que viven de limosnas de la calle. Sus padres son normales.

Sus padres son personas de clase media alta, van creciendo poco a poco, vienen de bien abajo y todo lo que tienen lo han logrado con mucho esfuerzo.

El tema aquí es que trabajan en horarios diferentes por lo que casi ni se ven. Heavy cree que ambos tienen parejas diferentes a pesar de que viven juntos, quiere pensar que no es cierto, pero aún así lo cree.

Sus padres son fríos, no son estrictos, pero les daba lo mismo lo que haga su hijo. Saben que no va a salir con malas juntas y eso les basta. No lo abrazan, pero tampoco lo dejan del todo solo, pues le cocinan y le dejan ropa limpia, le dan dinero por si necesita algo, pero él niño

solitario no se compra muchas cosas, solo lo necesario, y lo que sobra lo guarda.

Volviendo al baño. Heavy se sorprendió del día loco que está teniendo por lo que salió del baño asombrado, pero antes se lavó la cara.

— ¡Estoy llorando!

Tampoco había llorado hacía mucho tiempo.

Volvió a clases y la profesora lo miró contenta. Él escribió en su cuaderno lo que estaba en la pizarra y así siguió en la clase, anotando y respondiendo lo que le preguntaban.

Cuando terminó la clase y se fue a su casa, se sentía muy extraño.

Pasó de ser neutro, tímido y callado a ser alguien contento. Solo con la presencia de esos niños amables que le dieron un poco de atención, él se sentía pleno. Se sentía tan contento por las cosas que le habían pasado, que se fue a casa para realizar las tareas que le habían encargado sus profesores.

Estaba tan contento que saludó a su madre que estaba en el sillón descansando.

Preguntó por su padre y su madre respondió que aún seguía en el trabajo.

— ¿Tuviste un buen día? – dijo su madre asombrada.

— Sip.

— Heavy, ¿consumiste algo? ¿tomaste algo? – preguntó mientras le abrió la chaqueta y lo abrazó.

— No mamá, nada de eso.

La madre estalló en llanto, porque su hijo le estaba hablando, y no de forma seria, le hablaba feliz, le hablaba de verdad.

El niño abrazó a su madre y ella preguntó que pasó ese día.

Heavy le contó todo con lujo de detalles.

Su madre, asombrada, se alegró por él y lo abrazó nuevamente.

Luego de unos minutos el niño comentó que iría a hacer sus tareas. La madre, feliz, luego de toda la montaña rusa de emociones que sintió en tan solo quince minutos de charla con su hijo, pudo dormir plácidamente. Solo

porque sabía que su hijo estaba en su habitación haciendo sus deberes.

Yo soy Heavy, y este día, les cuento lo que me pasó, y cómo una sola buena acción de un grupo de niños me cambió la vida, y por eso les doy gracias.

Herba. Mensaje para la tierra

Autora: Yanira Matus Lobos

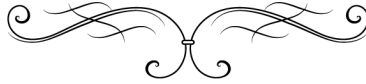




Ilustración: Claudia Reyes Quiroz



*

Buenos días, tardes o noches.
No sé a qué hora leerán esto, pero ahora mismo cuando escribo es tarde. Les diría la hora, pero acá no existe y como es de esperarse tampoco existen los relojes.

Seguramente lo consideren raro, pues ¿Cómo lo hacemos para despertarnos a tiempo para ir a trabajar o ir a algún lugar en específico? Bueno, acá cada uno trabaja a la hora en que se despierta.

No importa si es tarde o temprano, especialmente en estos días, porque un virus mortal está invadiendo nuestro planeta.

Hablando de mi planeta, ¿les dije el nombre de donde vivo? Creo que no, bueno empecemos de nuevo.

Hola, me presento, mi nombre es Xavy y vivo en el planeta Herba. Es un mundo donde las plantas son sagradas y cualquier habitante podría ser sancionado por tan solo romper alguna, aunque obviamente hay excepciones, si no ¿qué comeríamos?

Les cuento más sobre mí. Me fascinan las historias de otros mundos y el planeta tierra es mi favorito, por eso sé sobre las horas y los relojes, siempre me parecieron interesantes, aunque no estoy seguro si la tierra existe en realidad, pero lo que estoy escribiendo va dirigido hacia allá y si llega, bien, si no es porque no existe.

Tengo 110 años y no, no soy anciano, acá se vive más y estoy recién entrando a la adolescencia.

Antes le conté sobre un virus mortal y les contaré un secreto, yo causé eso sin querer, tengo como un superpoder y una vez me tropecé con una raíz de un árbol y empecé a lanzar un tipo de gas que salió desde dentro de mí, y así lo causé, y si se preguntan, sí, soy inmune al virus y nadie sabe de eso, excepto mi hermana que se llama Eira.

Nadie más tiene poderes, todos creen que son leyendas o mitos, pero antiguamente existían los guerreros con grandes poderes, había de nieve, plantas o agua. El mío aún no lo descubro, pero sospecho que es de aire, como solté ese gas raro.

**

El virus.

Hablando del virus, no sé como solucionar este tema. Mi mamá está gravemente enferma a causa de esto y no sé qué hacer.

No duermo en las noches pensando e investigando como arreglarlo, tengo miedo que le suceda algo a mi mamá, y, obviamente ella no es la única gravemente enferma, ya hay miles de personas que se murieron por culpa del virus.

Quiero solucionar lo que hice.

¿Les conté cuando comenzó todo esto? Bueno, esto pasó hace, aproximadamente cuatro o cinco meses y mi mamá se enfermó al mismo tiempo, y si se preguntan cómo sé las fechas si no existen las horas, pues es obvio, nos enteramos que pasa un día cuando canta un gallo, o simplemente cuando la noche se termina.

El agujero de donde salió ese gas se abrió en mi rodilla y se cerró como por arte de magia, así de la nada. Planeaba ir a algún científico, pero me asustó el hecho de que se aprovecharan de mí y me usaran para realizar algún experimento loco, así que me arrepentí.

Hoy.

Ahora mismo voy con mi hermana al centro de la ciudad, para asistir a la biblioteca donde investigaré más sobre como curar a mi mamá y al resto del planeta, y también hacer desaparecer este virus que, prácticamente, arruinó mi vida.

Lo único gracioso de todo esto es que no sé quién inventó este tonto rumor de que el virus lo provocó alguien que comió una planta llamada murciélago, que obviamente es una de las plantas protegidas por lo que no se puede romper o comer.

Al llegar a la biblioteca fuimos directamente a la sección de mitos y leyendas, para buscar toda la tarde y encontramos datos sobre una guerrera llamada Kaia, cuando vi la foto me sorprendí mucho pues era increíblemente hermosa, pero murió por un virus llamado SARS, según lo que decía el libro.

Al estar distraído mirando a esa tal Kaia, mi hermana llamó mi atención al darme un codazo, el que sinceramente dolió, pero no quise decir nada porque me interrumpió diciéndome que en la esquina de la biblioteca había un hombre con capucha, apenas se le veía el rostro. Era bastante alto. Después de mirarlo un

rato, me di cuenta que me estaba haciendo una señal para que lo siguiera. No sé por qué mi cuerpo le hacía caso cuando yo no quería hacerlo, ¿y si me secuestra?, ¿sabrá lo de mis poderes?, en ese instante me acordé de mi hermana y rápidamente la miré de reojo. Me entró un pánico que no sé cómo describirlo, vi mi cuerpo tirado en el piso y mi hermana llorando y gritando por ayuda.

El hombre alto me miró e hizo un movimiento muy rápido y me encontré en sus brazos. Espera, ¿me estaba abrazando? Parece que él notó mi expresión de extrañeza, porque me dijo que era mi papá, cosa que me molestó, o sea, todos estos años de ausencia y ¿se le ocurre volver ahora?

Me dijo que otro día me explicaría por qué se había ido, pero que sabía todo sobre el virus, que necesitaba que lo hiciera desaparecer, que mi madre se moriría si no hacía nada.

Fuimos a su casa, o eso dijo él, y me explicó que mi poder era de tierra, que entre más plantas existían en un lugar, más poderoso me volvía, me dijo que por eso ese gas salió de mi cuerpo. Era tanta acumulación de poder, que vio el momento justo para salir un poco a la superficie, pero que el virus no era por mí principalmente, fue un loco llamado Jano, que aprovechó este gas y experimentó con él hasta convertirlo en este virus.

Era tanto el asombro y el alivio que me generó que, por alguna razón extraña, escuché como las plantas me hablaban, diciéndome que una persona iba a mi casa para llevarse a mi mamá.

Salí corriendo, no sé como, si mi papá aún controlaba mi no sé qué cosa, ya que mi cuerpo estaba tirado en el piso con mi hermana. Al llegar al fin a mi cuerpo, que aún seguía en la biblioteca, agarré la mano de Eira y corriendo fuimos donde nuestra madre.

Intento de secuestro.

Cuando llegamos al cuarto de mi mamá, ella no estaba, pero de inmediato escuchamos un ruido de la puerta de la cocina, y como era de esperarse, nos dirigimos hacia allá pero no había nadie.

Eira no paraba de preguntarme cosas, que no entendía por la adrenalina que sentía.

Escuché los susurros de las plantas diciéndome "bosque", así que salí corriendo hacia allá. Prácticamente estaba atrás de mi casa.

Al estar dentro del bosque no ví a nuestra mamá y ya me estaba desesperando demasiado, tanto que mi cuerpo se sentía extraño, como si algo quisiera salir, pero en ese

momento me relajé, ya que por un instante la ví, pero en brazos de una mujer que se me hacía conocida, aunque no recuerdo de donde. Ahí es donde mi mente explotó de furia, porque esta mujer tomó un arma y la puso en el pecho de mi mamá, advirtiéndome que no nos acerquemos. Me acordé de los momentos que vivimos como madre e hijos, el día que me enseñó a andar en bicicleta, cuando se durmió conmigo porque tenía miedo, cuando me enfermé y me cuidó todo el día y la noche, cuando me cumplió mis caprichos, cuando me...

Eira.

Vi a Xavy con una expresión de terror, pero esto iba más allá de eso, era una cara que nunca había visto de él. No entendía nada de lo que sucedía, pero verlo así me generó mucha ansiedad y preocupación.

Luego de un rato su expresión cambió, ahora está más relajado y sus ojos se tornaron de un color blanco.

Me separé de él por instinto y me quedé mirándolo fijamente, como si nunca lo hubiese conocido, y en un abrir y cerrar de ojos, él estaba detrás de la mujer, que según me acuerdo, era esa tal Kaia, que supuestamente, murió con ese SARS.

¿Cómo es eso posible? Me duele la cabeza, no entiendo nada, ¿Quién es ella?, ¿revivió o nunca murió? Esos pensamientos se interrumpieron gracias a que Kaia, puso su mano en el hombro de Xavy y lo incendió, en ese momento, mis ganas de protegerlo fueron tan grandes que mi cuerpo hizo un movimiento involuntario, y lancé como un ¿viento o gas? ¡No entiendo nadaaaa!
Apagué el fuego de mi hermano y él hizo que unas raíces salieran de la tierra, las que tomaron a mi mamá rápidamente y aprisionaron a Kaia.

Xavy.

Me duele la cabeza y tengo hambre, vi alrededor mío y estaba esta mujer atrapada en unas raíces, no entiendo qué pasó.

Mi mamá está detrás de mí con un tipo de flor que nunca había visto, tocó con ella su piel y su color mejoró y sanó, mis lagrimas fueron inevitables y corrí a abrazarla.

De reojo vi que Eira estaba aterrada y temblando, hice un gesto con la cabeza para que viniera con nosotros y cuando se acercó, nos abrazamos.

Después de este momento entre madre e hijos, Eira me explicó todo lo que pasó, yo tocándome la cabeza sin

recordar nada miré a mi mamá y ella no hizo gesto alguno, como si ya supiese todo. En ese momento Kaia hizo que el cielo se volviera todo negro, se separó de las raíces y con un rayo creó un arma.

Vi a mi papá salir detrás de unos árboles con una cosa que jamás había visto, era un tipo de círculo que nos protegía de todo. Mi mamá se levantó, yo intenté que no lo hiciera, pero me dijo que la flor que yo había creado la curó del virus. Ella cerró los ojos y escuché pasos de un gigante acercarse, ¿era un árbol?, este árbol tomó a Kaia, pero ella lo golpeó librándose rápidamente. Mientras sucedía esto a mi mamá le empezó a sangrar la nariz.

Me concentré y puse una raíz detrás de Kaia para que se tropezara, Eira hizo que el aire le presionara el pecho, y finalmente la guerrera se desmayó.

Resulta ser que Jano era Kaia pues se disfrazaba de hombre para esconderse.

La llevamos a un lugar seguro para encerrarla.

Al parecer nuestra reina, que es como los presidentes de allá de la tierra, sabía todo esto y había construido esa prisión esperando que alguien atrapara a Jano.

La cura.

Con la ayuda de mi mamá, inventamos la cura para el virus con la flor que yo había creado, entonces fuimos a todas las casas y comenzamos a sanar a los enfermos.

La reina nos preguntó si queríamos algo a cambio de nuestras acciones. Nosotros, luego de pensarlo por unos momentos, pedimos que la comida, en ese lugar, fuera gratis para todos, o al menos, todo lo necesario para que los habitantes sobrevivieran.

La ayuda está a través de la puerta

Autora: Mayhe Villalobos Medel

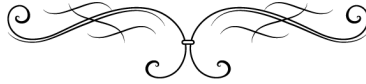




Ilustración: Priscila Matus Hernández



*

Todo comenzó con una familia que vino de Estados Unidos, a inicios de la pandemia y con graves problemas económicos.

Esta familia se compone de cinco integrantes, el papá llamado Maximiliano Coldes, su esposa Karen Rous, sus dos gemelas adolescentes Emily y Amelia, y un niño llamado Alonso.

Maximiliano trabajaba como gerente de una empresa de videojuegos, pero la llegada de la pandemia provocó varios estragos económicos en la empresa. Por más que luchó por mantenerla a flote no pudo impedir que esta quebrara. No sabía que hacer ni cómo contarle a su familia, pero se acordó que guardaba unos ahorros, esto fue una luz en medio de su desesperación, con ellos

podría mantener a la familia mientras encontraba otro trabajo.

**

Luego de dos meses, Maximiliano se mantenía en la misma situación de cesantía, y los ahorros ya estaban acabando. Esto debido a que la familia no estaba informada de la situación y solo gastaba dinero como de costumbre.

Desde que perdió su trabajo, Maximiliano no dejaba pasar un día sin recorrer por largas horas las calles, buscando una oportunidad laboral. Uno de esos días su esposa, Karen, por primera vez lo vio preocupado y se acercó para preguntar qué le pasaba. Él no tuvo más remedio que contarle la verdad que por dos largos meses llevaba ocultando de la familia. Karen al escucharlo, lloró desconsoladamente, no por el hecho de la pérdida del trabajo, sino porque en ese momento se dio cuenta que su amado esposo no confiaba en ella, pero por sobre ese sentimiento de tristeza, decidió abrazarlo y decirle amablemente que no estaba solo, que ella lo apoyaría y buscaría trabajo.

A medida que pasaban las semanas, la suerte se volvía más esquiva con el matrimonio y ninguno encontraba

trabajo, la pandemia se había llevado toda esperanza laboral posible. Sin rendirse, empezaron a vender las cosas que no necesitaban. Lo primero fue el auto, así obtuvieron dinero que se tradujo en suplir una necesidad tan básica como la alimentación.

Ahora debían dar el siguiente paso y contarles a los niños la situación, las gemelas se lo tomaron mal, se encerraron en sus cuartos. Alonso abrazó a sus padres.

Con el pasar de los días las gemelas no disminuyeron su enojo, más aún cuando comprobaron que sus padres ya no podían cumplir sus caprichos, sumando mayor estrés a la familia.

Un día una señora de alrededor de cincuenta y cinco años, muy mal vestida, golpeó la puerta de los Coides, con el fin de recibir ayuda luego de un grave accidente. Ellos al abrir la puerta y enterarse de la situación la tomaron del brazo y la recostaron en el sillón, Karen tomó el botiquín de emergencia para limpiar las heridas de la mujer y luego le ofreció comida y abrigo, dejándola dormir esa noche en casa. Al otro día la señora había desaparecido, ya no estaba, se había ido sin dejar rastros.

Con el pasar de los días se olvidaron de la situación, y dejaron atrás la incertidumbre de lo vivido.

El matrimonio no lograba encontrar trabajo y Maximiliano, debido a la frustración y estrés, comenzó a beber alcohol y para obtenerlo vendía las pocas cosas útiles que quedaban en la casa. Al principio su consumo era reducido, pero con el tiempo este aumentó más y más, llevándolo incluso, a abandonar sus responsabilidades como padre y esposo.

Un día llamaron a Karen para informarle que la habían contratado como cajera en un supermercado, a ella no le gustaba la idea, pero se decía que tenía que alimentar a su familia por lo tanto no podía rechazar esa oportunidad.

Su primer día de trabajo se acercaba, pero ella estaba preocupada por Maximiliano, pues no lo veía hace días. Desesperada comenzó a llamarlo, pero él no contestaba su teléfono. Salió a buscarlo muy preocupada, mientras imaginaba lo peor.

Cuando caminaba por el barrio lo encontró en un parque, acostado en un banco de madera. Lloró y sintió dolor en su corazón al verlo así. Fue a despertarlo para que

volvieron a casa, se tomaron de las manos y juntos lloraron.

Al día siguiente Karen comenzó a trabajar, sus compañeros eran humildes, ayudaban a los más débiles y también seguían los protocolos de pandemia.

Maximiliano se estaba perdiendo en sí mismo ya que seguía consumiendo alcohol, pero un día cuando estaba en el bar recibió una llamada de un desconocido diciendo que volviera a crear su empresa de videojuegos, pues invertirían en ella.

Maximiliano se fue de inmediato a su casa y encendió el computador para empezar a crear sus videojuegos. Luego de dos meses tenía todo listo, ya había creado sus videojuegos. Llamó a los inversionistas y le preguntaron si ya tenía todo listo, el respondió que justo había terminado. Quedaron de reunirse el miércoles a las 15:00 pm en el restaurant Smile, en el centro.

El día de la reunión Maximiliano se afeitó, se bañó y se vistió con su traje formal. Pensaba en varias ideas de videojuegos mientras esperaba a los inversionistas. Luego de diez minutos llegó una persona bien elegante y se sentó junto a Maximiliano. Se trataba de la señora que habían ayudado hacía meses, era Alejandra, una persona multimillonaria.

Maximiliano, impactado, preguntó ¿cómo está?, ¿qué le pasó? ¿por que se fue sin decir nada?, Alejandra se rió y respondió que tenía muchos asuntos pendientes y que gracias a ellos seguía viva por lo que averiguó sobre la familia para poder ayudar con los problemas que tenían. Maximiliano estaba muy agradecido, charlaron todo el día y acordaron que Alejandra invertiría en su trabajo. Maximiliano se fue a casa emocionado, sin poder creer lo que estaba pasando.

Karen llevo cansada del trabajo y Maximiliano le comentó lo que le había sucedido, ella se quedó sorprendida, pero le dio curiosidad el número de la llamada que le mostró su esposo pues le parecía conocido. Buscó en su celular y vio los registros de llamadas, el número que le mostró su esposo era el que la había llamado a ella para ofrecerle trabajo hacía meses. Ambos se pusieron a llorar pues nunca esperaron algo así de una persona que solo estuvo por algunas horas en su casa.

